

La amante Sumeria



Esther Llull

La amante Sumeria

ESTHER LLULL

Copyright © 2020 Esther Llull

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798663100427

DEDICATORIA

Para mi madre, Esther,
porque se extendía sobre líneas persistentes, y no me salvaba
de distancias ni de olas
y esto no quería decir que vivía sin estrellas.
Ni un sólo momento le fue vacío sin amarnos.

CONTENIDOS

Agradecimientos

1 Bagdad, 24 de diciembre, Biblioteca universitaria

2

3

4 Tarde del 24 de diciembre, Biblioteca

5

6 Berlín, Universidad, 25 de diciembre

7 Bagdad, 25 de diciembre

8

9

10

11

12 Bagdad, 26 de diciembre, biblioteca del Museo nacional

13 Bagdad, 1 de enero de 2014

14

15

16 Bagdad, 2 de enero de 2014, amanecer

17

18 Basora, 3 de enero

19 Basora, 3 de enero, crepúsculo

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29 Museo nacional de Irak, Bagdad, 6 de enero

30 Berlín, Universidad de Berlín

31

32 Ruinas babilónicas, 8 de enero

33 Bagdad, 9 de enero

34 Museo Nacional de Bagdad, 9 de enero

35

36

37

38

39

40 [Berlín, Universidad de Berlín](#)

41

42

43

AGRADECIMIENTOS

Agradezco la ayuda de la biblioteca de la Universidad de Sevilla. Ha sido inestimable contar con los fondos culturales de muchos medios académicos e instituciones de Leipzig y Copenhague. Gracias al apoyo y afecto de Bjarne Andersen.

CAPÍTULO 1

Bagdad, 24 de diciembre, Biblioteca universitaria

Ingrid había terminado aquella mañana las clases a primera hora y había dejado a sus alumnas en la sala de la biblioteca de la Universidad.

—¿Qué es lo que estáis leyendo ahí tan escondidas?

—Son unos libros que nos hemos encontrado de antropología, mitología y rituales antropocéntricos. Bueno, más bien rituales falogocéntricos —contesta Siegrid y mira a Agnes, que sonrío con ella.

—¿Qué clase de libro es ése? —pregunta Ingrid.

—Se trata de la adoración del símbolo fálico en la antigüedad —dice Agnes—. Tal vez estábamos equivocadas. No sólo se adoraban a las Diosas Madres, sino también a todo lo que tenía que ver con el órgano progenitor, con el falo, pero también con la vulva femenina. Creo que se adoraba sin ningún tipo de pudor, por ejemplo, en Egipto y en la India.

—Está bien conocer este otro aspecto de la antigüedad, pero esto no nos tiene que desviar de nuestra idea primaria, de la existencia de un derecho femenino y del culto de la Diosa Madre. Yo creo que está muy claro que estas ideas son complementarias. Se basan y entroncan en una misma raíz del pensamiento primitivo, cuyo culto está en los elementos de la naturaleza. En la tierra, en los cultivos, en las festividades agrícolas, en la fecundación de la tierra, en todo ello hay un símil también con la procreación humana. No olvidemos que la Tierra está relacionada con la madre, que madre es la mater, materia. Mujer viene de “gyne”, de geo. La raíz de mujer es diferente que la raíz de hombre, “homo-homini”, que se relaciona con humano. Más adelante todo lo que es de la mujer tendrá, por ello, una raíz desconocida diferente a la del hombre, y son dos fuerzas que se extrañan, dando lugar al patriarcado y a un desentendimiento. Todo lo de la mujer aparece como una raíz oscura, una fuerza numinosa y sospechosa, se asimila a lo sexual y no se entiende. Sin embargo, si volvemos a estos orígenes ancestrales se puede entender muy bien que se trata de fuerzas ancestrales muy comunes a los dos sexos.

CAPÍTULO 2

Ingrid se acordó que no había escrito a su amigo Otfried en Berlín, y que estaría esperando impaciente su correo. Al menos debía decirle que se encontraba bien, que seguía con sus importantes investigaciones. Que esperaba recibir su opinión personal acerca de su trabajo y sus investigaciones y que agradecía su apoyo.

Aquella biblioteca tenía el suelo de madera, las luces estaban encendidas. Había vitrinas de libros que reposaban sobre anaqueles de roble brillante y noble. Se podía indagar en la Biblioteca y coger cualquier libro para leerlo en ese momento.

La blancura de las fachadas y muros de la Universidad contrastaba con el verdor de los jardines y con el oscuro basalto del pavimento de los muelles del río Tigris, recorridos por una multitud de gentes y por recuas de asnos cargados de mercancías. Desde el ventanal amplio de la biblioteca se divisaba alguna mezquita en lontananza, de la que sobresalía su alminar, y detrás de esa primera fila deslumbraba la Universidad por las columnatas, gradas, frontones y acróteras que sobresalían, y más allá desde los tejados planos de la ciudad emergía la cima de un templo cristiano. Y más hacia atrás reclinaba la boscosa colina consagrada al dios Alá.

El puerto de Irak era como un bazar, donde todas las mercancías del mundo se movían con sus innumerables tiendecitas bajo sus bóvedas. Todas las maravillas se encontraban allí dentro.

Ingrid se siente aturdida por la agitación callejera y las corrientes y contracorrientes de voces, ruidos, colores y atavíos. Pasan estudiantes camino de la Biblioteca con sus libros y cuadernos, y gritos, acentos, lenguajes, saludos, discusiones, manos a la frente y al pecho, inclinaciones y zalemas, insultos, broncos avisos pidiendo paso. De repente piensa si sería capaz de vivir entre esas gentes. El funcionario que cuida de los libros posee una falsa arrogancia, pero con ella él se vuelve muy amable. Ahora piensa en Hilmar, en cómo ese hombre la ha cautivado con su conocimiento, con su protección, en todo momento. Hilmar tiene una historia además, un pasado judío alemán. Sin embargo, pertenece a los Estados Unidos.

CAPÍTULO 3

—¿Cómo es el surgimiento del dios masculino? —pregunta Agnes que se acerca hasta la mesa de Ingrid donde ella está leyendo—. Hasta ahora sólo hemos visto la predominancia de las divinidades madres y femeninas, y las consideramos como primordiales a todo lo demás. Pero hemos descubierto también que se produjo una inversión de todos los valores hasta llegar a la cultura patriarcal, pero ¿cómo surge todo eso?

—Te refieres al surgimiento del Dios masculino, al Dios del Cielo. Los dioses masculinos aparecen relacionados con el poder del Cielo, pero no olvidemos que, en la cultura sumeria, Inanna era una diosa lunar, todos los dioses estaban relacionados con el Cielo. En la mitología sumeria Inanna es la diosa del amor; luego con la llegada de los acadios Inanna se sincretiza con la diosa Ishtar, diosa también de los cielos y de las estrellas. Más tarde, se produce esa inversión, precisamente relegando a las diosas madres y divinidades femeninas a ser diosas de la Tierra. Se produce una escisión entre el Cielo y la Tierra. Así es como yo creo que hay que interpretar el nacimiento de los dioses masculinos.

—La Gran Diosa Madre es destronada y reducida a divinidad subalterna, ¿no?

—La Gran Diosa Madre es destronada después a diosa del mundo inferior, expresión del destierro de la religión maternal. Del mismo modo la mujer se ve rebajada, su poder reproductor disminuido, mientras el prestigio del hombre, del padre, aumenta. Sólo al falo se le reconoce ahora potencia y fuerza vital. Así, Apolo proclama en las Euménides de Esquilo: “La madre no da la vida al hijo, como dicen. Ella nutre el embrión. La vida la crea el padre”.

—Pero al principio ¿cómo fue?

—Al principio, en el Neolítico, hay un número cada vez mayor de demonios de la fertilidad que se suman a los ídolos de la fecundidad, antaño predominantes, también aparece entonces el dios masculino junto a la diosa materna, lo que es un reflejo más, y no el menos claro, de la nueva situación de la sociedad agraria, del creciente significado económico del hombre, consecuencia de la ganadería y la agricultura. Como cuidador del ganado y cultivador del suelo el hombre adquirió progresivamente los mismos derechos que la mujer, hortelana y recolectora, y, sobre todo, se le consideró cada vez más como procreador.

—Y justo esta estrecha colaboración en el trabajo es lo que hace que haya más dioses masculinos.

—Exactamente. Surgen cada vez más divinidades masculinas, a menudo aún están subordinadas, como hijos o amantes, a las femeninas, pero más tarde las igualarán en rango y finalmente en las culturas patriarcales serán dominantes.

CAPÍTULO 4

Tarde del 24 de diciembre, Biblioteca

La divinidad masculina sale a la luz tardíamente en la historia de la religión y obtiene su dignidad como hijo de la diosa madre. El hijo de la diosa madre se convierte a menudo en su amante, y así surge el dualismo característico en las grandes culturas arcaicas, el pensamiento de las polaridades, el mito de la pareja divina que concibe el mundo: Padre Cielo y Madre Tierra, cuyo matrimonio sagrado constituye el punto central del culto y la fe.

Deméter, la madre tierra, la diosa griega de la tierra dispensadora de la fecundidad, según un mito conocido ya por Homero, se une a Yasión “en un campo arado tres veces” y da a luz a Pluto, en griego, riqueza, las cosechas ubérrimas.

Cielo y tierra son la pareja primordial, tanto en el mito griego como en el de la lejana civilización Sumeria, donde se llama Anu al dios del Cielo, y Sin a la diosa de la luna, y Ki al dios de la Tierra, y Utu al dios del Sol. Si en la mayoría de los casos se considera al Cielo masculino, desde los tiempos más remotos se ve a la Tierra como un ser femenino, apareciendo una y otra vez como hembra yacente, de cuya vagina sale el género humano.

Los esposos divinos o incluso los hermanos, en relaciones incestuosas, son imaginados como una pareja humana, unidos en una especie de eterno abrazo, en una cópula permanente, “el dios del cielo fecunda sin cesar con la lluvia, el rocío, los rayos del sol, a la diosa de la tierra”, escribe Esquilo y “el campo de labor está conmovido por el ansia de boda. La lluvia cae desde el Cielo, anhelante de amor, y preña a la Tierra. Y ella da a los mortales la hierba para el ganado y el grano para el hombre, y la hora del bosque se consume”.

Ellas han seguido con la lectura toda aquella tarde de los libros que tienen sobre la mesa. Ingrid ha recibido un correo de su amigo Hilmar y lo lee aparte. Le pregunta si celebrará la Navidad cristiana. Lo dice porque él no está acostumbrado a celebrar los ritos cristianos, ya que en Irak pocas personas son cristianas, aquí sólo celebran el fin de Año y el nacimiento del nuevo con la fiesta del Cordero, pero le sugiere que no estaría mal si pudieran reunirse mañana en su casa, si a ella no le importa, pues ha comprado un pescado del Tigris y unas botellas de buen vino, que proceden de la región del Rin de Alemania, y le gustaría compartirlo con ella.

Tigris, Rin, una confluencia de las culturas de los ríos, y todo ello regado con buen vino. Es como una proposición o una declaración, piensa ella y se sonríe. Aquello no es despreciable para una alemana. ¡Cuántos días lleva sin probar un buen vino! Tal vez es de los pocos placeres que ha tenido en los últimos años de su vida.

“Nuestras creencias son muy básicas”, piensa interiormente Ingrid, “me imagino que las de Agnes y Siegrid serán así, son fiestas familiares, pero la familia está lejos. Este país se nos está quedando pequeño al no saber qué hacer o adónde ir. Todo está vigilado o controlado por autoridades. Y es necesario concentrar ahora las energías en nuestra investigación. Ahora quiero que ellas vean claramente e investiguen sobre la transición de unos dioses maternos a otros dioses paternos. Quiero que estudien ese momento. Y tenemos ya pocos días. Después del nuevo año debemos volver a Alemania. Hemos concluido aquí nuestra etapa”.

“Debo abandonar estas aulas y esta biblioteca, y la ancha página blanca en la que leo a los historiadores, para ir en busca de la vida de la ciudad, de los bosques y de los campos. Debo caminar bajo los álamos, o recorrer la orilla del río. Allí las copas de los árboles se unen como amantes en el agua. La naturaleza es demasiado vegetal para que me interese, sólo tiene subliminales, vastedades, agua y hojas. Pero comienzo a desear la luz de los leños en llamas, la intimidad de la navidad, el cuerpo de una persona a mi lado”.

CAPÍTULO 5

—Mirad, mis queridas discípulas, leed a Bachofen. Interesa lo que dice sobre el paso de unos dioses maternos a otros paternos, aquí está:

“El derecho materno caracteriza a la Humanidad y a su concepción religiosa en un periodo que concebía a la materia, es decir, a la tierra, como la más segura sede de la fuerza material. El derecho paterno caracteriza, por el contrario, a un periodo en el que, junto a la materia había surgido un artífice, aunque se decía que los animales habían brotado de la tierra. Este tránsito del derecho materno al derecho paterno coincide con una de las fases del desarrollo de la religión humana, y con el progreso del principio religioso material al intelectual, del físico al metafísico. Aquí se eleva, aquí se alza de la tierra al cielo. El derecho paterno emana de Zeus, el materno de la tierra”.

—La ley que gobierna el desarrollo de las religiones antiguas —abunda en explicaciones Ingrid para sus alumnas—, y, en general, para todas las religiones, puede concebirse como un proceso de elevación idéntico. Todo está en la elevación que otorga la Ley, ¿lo veis? Ese es el elemento de espiritualización más importante, y el que introduce la diferencia. Cuando el hombre escribe la Ley se alza con otros principios e inventa sus propios dioses o no es necesario que los invente porque ya están, simplemente eleva los dioses masculinos y paternos por encima de los dioses maternos y telúricos, propios de la Tierra. En eso consiste su poder, el poder del hombre y el poder del patriarcado.

Ingrid soñó aquella noche con sentarse en la temblorosa orilla del río y contemplar los nenúfares, anchos y luminosos, con su aguada luz de luna que iluminaban en haces el roble que se cernía sobre el agua. Y soñó con reunir todo el saber de los libros en sus manos y dejarlo todo sobre la brillante superficie de su escritorio. Ahora descenderá perezosamente por un seto del río e irá cogiendo flores verdes, mayas de color de luz de luna, rosas silvestres y serpentinos tallos de enredadera. Todo es oscuro y como un sueño para ella. Ella es el fantasma de un efímero transeúnte en cuya mente tienen los sueños poder. En el jardín habitan sonidos cuando, al amanecer, los pétalos flotan sobre insondables profundidades, y ella se sumerge y chapotea en las destellantes y antiquísimas aguas del Tigris.

CAPÍTULO 6

Berlín, Universidad, 25 de diciembre

Estimada Ingrid:

Te escribo ahora para saber cómo estás pasando las fiestas. Hoy es Navidad. Aquí en Berlín lo celebramos en familia, pero mi familia es muy pequeña. Sólo me queda un hermano, que vive ahora mismo en Finlandia, y no sé cuándo podré volver a verle. La verdad es que no puedo salir de aquí, de la rutina que vivimos entre estas cuatro paredes. Mientras esté así, debo concluir mi trabajo de investigación y finalizar la tesis doctoral.

También es verdad que mis pobres sueños, mi tímido avance de trabajo se deja llevar por la corriente bajo la superficie de las aguas, queda interrumpido, es hostigado, desgarrado, asaetado, por sensaciones espontáneas e irrelevantes, de curiosidad, codicia, deseo, de las que somostan irresponsables como de aquellas otras experimentadas durante el sueño.

Pero no he renunciado aún a mi sueño. Sin duda, estoy descubriendo textos antiguos, que contienen leyes, no sólo los de Hammurabi, sino otros posteriores hasta llegar a los griegos, cuyas normas aplicadas en el ágora se pueden traducir mejor y se conocen mejor.

A veces, me detengo, te echo de menos. Todo se paraliza por minutos. Tengo la virtud de situarlas cosas en un lugar, en un orden. Pero las cambio de sitio y luego ya no me acuerdo dónde las he puesto. Otras veces parecen que son las cosas las que avanzan sobre nosotros, y nosotros vamos como arrastrados o empujados por ellas. Ahora ellas avanzan, y todos los rayos y los misterios que estudiamos en los libros se ondulan, fluyen y vibran sobre nosotros, aportándonos nuevas oleadas de sensaciones. Y cambiamos como en el devenir.

Por cierto, este concepto del devenir, muy interesante para interpretarlo a favor de un orden femenino. Habrá que estudiarlo. Distinto al orden entrópico, repetitivo, acumulativo que se ha dado el hombre a sí mismo, en su orden de producción.

Sigo animándote a que sigas con tu trabajo y lo culmines magníficamente. Sin duda, espero de ti y esperamos todo el departamento unas muy altas expectativas, y que las brillantes ilusiones se ramifiquen en realidades materializadas.

Me llevo la mano al nudo de la corbata, porque en este momento me siento responsable de ti y me pongo algo nervioso y necesito desahogarme. También son los propios nervios de pensar en que debo culminar mi propio trabajo para estos últimos días del mes. Luego lo celebraremos. Estoy seguro. Te daremos una bienvenida espléndida.

Siempre he sido distante y taciturno, pero tu presencia lejana me ha trastocado y me ha hecho pensar. Todo parece como un sueño hecho realidad. Pero de estas peregrinaciones, de estos instantes de partida siempre comienzan nuevas presencias. Es la vida la que nos lleva por este viaje y tenemos que saborearlo y respetarlo. También estoy contento de que te acompañen Agnes y Siegrid. Por cierto, tus dos mejores alumnas.

Tú me regañarás por escribirte tanto. Pero necesito saber que estás bien. Pero aquí estoy convertido en doradas ondulaciones que girarán en tu busca. Cuando te escribo todo se

estremece, todo arde luminosamente aún en este crudo invierno que pasamos aquí.

Afectuosamente tuyo.

Ottfried.

CAPÍTULO 7

Bagdad, 25 de diciembre

Ingrid se ha citado con Hilmar. Él ha ido a esperarla hasta el puerto donde la ha recogido, pero antes han dado un paseo para comprar algún alimento más para el almuerzo, algo de fruta, frutos secos, un poco de queso y miel para el postre y un licor típico que hacen en Irak y algo de café. Ahora se encuentran en su apartamento espacioso, con una gran terraza exterior orientada hacia el Tigris, desde el que se divisan las colinas y el río. Está decorado sencillamente pero con buen gusto, es todo blanco con mucho espacio, el suelo es de madera beige con varias alfombras que lo cubren.

Hilmar pone una música de fondo, Claude Debussy, es algo triste, pero no viene mal con el día que se ha vuelto gris. Las hebras del cielo gris lanudo se fundieron en un resplandor que emitió una iridiscencia, parecía que iba a salir el sol y el cielo se convirtió en millones de átomos de suave azul.

—¿Se puede vivir una vida después de la vida? —pregunta Hilmar metafóricamente, como si quisiera sorprender a Ingrid—. ¿Se puede salir de esta parálisis, de esta anulación de uno o de sí mismo?

—¿A qué te refieres? ¿Hablas de tu vida?, ¿de la vida de la mujer, del hombre? ¿Se puede salir de nuestra anulación subjetiva?

—En la relación del tiempo con el tiempo del universo, los humanos poseen, además de una vida vegetativa, una conciencia.

—El devenir es un dejarse ir evolutivo, no es un tiempo puramente repetitivo, sino que está enlazado con lo natural, uno se deja ir, y evoluciona en lo psíquico y cultural, está más relacionado con la vida de la mujer. ¿Es eso lo que me querías decir el otro día?

—Exactamente, es un dejarse ir —explica Hilmar—, un dejarse llevar que nos va cambiando a nosotros. Es una transformación distinta a repetirnos siempre con el mismo orden. Esa es una de las razones y motivos que tuve para venir a Irak. Quería cambiar, necesitaba parar. Sentía que en Nueva York me ahogaba, ¿nunca te ha pasado eso?

—No exactamente de ese modo —responde Ingrid con una sonrisa en los labios—, pero sí de algún modo me ha pasado que me sentía anulada o paralizada. En cierta forma al venir aquí tú te has encontrado con la Madre vital, con el tiempo celeste y con el tiempo terrestre. Todo ha cambiado a tu alrededor, te puedes sentir a ti mismo de otro modo.

Ingrid sabía que el tiempo en la vida de la mujer es particularmente irreversible. Y se adapta menos que el del hombre a la economía repetitiva, acumulativa, entrópica, en gran parte no evolutiva, que anula nuestro entorno actual. La mujer es madre en la Tierra, madre que sirve de refugio, pero es madre de la inspiración celeste, madre de la acción vital. La mujer sí tiene en cuenta el respeto de nuestro entorno vital.

De repente Hilmar se sincera con ella poniendo un poco de vino en las copas.

—Ingrid, me estoy volviendo un hombre estúpido y débil y, en cierta forma, aunque Irak me ha

transformado, me estoy volviendo hosco, un poco simple. Este entorno es demasiado simple también para un hombre como yo. Hemos tenido toda la ayuda para desempeñar nuestro trabajo. De hecho queda un amplio campo de investigación aquí. Pero voy a pedir mi traslado a los Estados Unidos. Son tres años los que llevo aquí.

Hilmar vuelve a llenar su copa y ellos beben uniendo sus bebidas en un pequeño brindis:

—¡Ven, no te quedes lejos! ¡Mira la luz en el reflejo de la copa!— le dice él. Ellos están de pie alrededor del equipo de música y él se acerca a la mesa del comedor que está cerca de una gran ventana.

Hilmar suelta la copa en la mesa y acerca su brazo adhiriéndolo en el hombro de ella, y la mira, y se acerca más y la besa tímidamente en los labios. Ingrid paladea el vino y sus labios, y mira a los ojos de él queriéndole retener.

“Oh, Ingrid”, exhala Hilmar. El tacto de su lengua había entrado en la de ella. Ella oprimió sus labios y él rodeó su cintura con sus brazos y la atrajo hacia su pecho, sintiendo todo su deseo. Ingrid se sintió desfallecer ante ese impulso y sintió que él la dominaba con su fuego. Sintió que su cuerpo vibraba y de repente perdió algo de sentido.

—Perdona —dijo Ingrid—. No sé qué me ha pasado, creía que me iba a desmayar. Oh, no vuelvas a besarme así.

—Y ¿cómo quieres que te bese? Desde el primer momento ha habido algo que me ha inundado, el deseo de besarte. He estado reteniendo el deseo de estrecharte entre mis brazos, de besarte y cortarte la respiración. En cada una de tus palabras había una sintonía única.

—Sí, pero me has asustado. Yo no soy una mujer de tanto fuego. La otra noche en mi habitación me asusté de mí misma con la idea de parecerme a la diosa Ishtar. Me decía a mí misma que tenía que ofrendarme ante el altar de ella para ti. Y tú me pareciste con tu conocimiento y tus teorías alguien como destinado a que nos conociéramos.

—No te asustes, Ingrid. No ha pasado nada. No volveremos a hablar de ello si no quieres. Toma, bebe agua.

—Oh, lo siento, me estoy portando como una niña.

—No tienes que avergonzarte de nada.

—Sí, me avergüenzo, he venido hasta tu casa, huyendo de todo. Imaginando que podría huir contigo de todo. Me avergüenzo, quería sentirme una mujer con un hombre como tú, pero no soy fuerte. No soy capaz de quedarme aquí en esta ciudad. Estoy deseando volver a Berlín.

—Calla, no digas más. Comamos y luego estarás más tranquila para hablar. No te avergüences de estar aquí conmigo, yo soy alemán como tú, somos dos personas adultas. El pescado hay que ponerlo en el horno pero estará listo en veinte minutos. Y podemos hacer una ensalada de pasta con verduras y queso.

—Oh, suena delicioso. Ponme más vino.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, el vino me hace hablar.

De repente, se sonríen y se miran, y él la estrecha con sus brazos haciendo que ella ponga su cabeza en su hombro. Ella pierde un poco el sentido pero simplemente está desfallecida porque no ha comido todavía. Enseguida Hilmar termina de elaborar la ensalada, y el pescado está casi inmediatamente servido en la mesa. Ambos se sientan como dos comensales educados y empiezan a deleitar los manjares servidos.

CAPÍTULO 8

Desde el ventanal amplio de la mesa del comedor se podían divisar las flotantes nubes de pálido gris. Y la leve ondulación de un inexorable árbol. Uno tenía la sensación ese día de que la vida no servía para nada. Uno se dejaba llevar y flotaba. Pero no podía pasar nada, no había ningún obstáculo.

Para Ingrid más bien pesaba como una rigidez, una estricta inmovilidad que no estaba superada. Había un inexorable árbol que no la dejaba pasar. Todo parecía un ocaso, cuando el sol ponía oleaginosas manchas en el linóleo, y una grieta de luz se arrodillaba en la pared, y daba a las patas de la silla la apariencia de estar quebradas.

—Claro que no somos niños, Hilmar —se sincera Ingrid una vez más—. Soy perfectamente consciente de mi madurez, de mi vida. Tú me has impactado, tengo que decir, pero yo no pertenezco a tu mundo. Es decir, yo soy una profesora más de teoría y crítica del pensamiento comparado entre religiones, no soy una lingüista.

—Te entiendo, Ingrid, pero ¿qué hay de malo en nosotros? Te confundes con Estados Unidos, nosotros admiramos el saber antiguo. Es más, estoy seguro de que varias Universidades en Nueva York se interesarían por tu trabajo de investigación. Los estudiosos de lenguas, como yo, somos los que aportamos pruebas y datos concluyentes para los estudios históricos relevantes relacionados con la Antigüedad. Creo que por muchas razones Nueva York no te decepcionaría.

—Pero ¿y si me decepciona? Podría pedir un permiso por un año, por dos, pero ¿y después?

—Ingrid, no te acomplejes. Tú uves un obstáculo donde todo ha sido como un bache, pero, nada más. Como un relámpago después tú sabes donde tienes que volver a pisar. Estoy seguro de que tu posición en la vida actual es fuerte.

Se sonríen y se miran, parece que ya ha pasado el susto. Ella es una mujer sensible pero no suele afectarse con las emociones de ese modo. Tal vez, por eso, sus emociones la han traicionado ahora y la han inundado, porque siempre las había reprimido.

El misterio que tiene esa mujer para él está en que recobra la ecuanimidad enseguida. Ahora con aire misterioso Hilmar le entrega una pequeña caja de cedro anunciándole una sorpresa. Y le dice: “Con ello, serás la admiración de Sumeria”.

—¿Qué es? —pregunta ella, con aire sospechoso, temiendo que sea una antigüedad saqueada de otros siglos.

—No, no me mires así, no hay nada malo, es una ofrenda como otra pero envuelta en una caja de cedro.

—¿Es una peluca? —dice ella mientras abre la caja—. Es pelo sedoso, de color rubio muy claro. Pero, ¿dónde has conseguido esto? ¿Tú crees que yo puedo ponérmela?

—Sí, y me dijeron que tiene el don de rejuvenecer al instante.

—No me gusta resultar misteriosa. Temo que con los poderes de este mágico y sedoso cabello vuelva a perder los sentidos.

—Tenla contigo, es un pequeño regalo, no necesitas llevarla puesta en este momento.

—Gracias. Es un hermoso detalle. Déjame que te diga una cosa, nunca me ha pasado esto antes.

Es como sentirme poseída por el momento y por los sentidos.

CAPÍTULO 9

Ella se levanta de la mesa, y en signo de agradecimiento se dirige al asiento de Hilmar y le besa en la mejilla y luego también en los labios suavemente y hunde su cabeza en su hombro. Sus ojos rebosaron una lágrima.

Él enlazó sus manos y las apretó con fuerza con las suyas, y con sus labios limpió la lágrima de su mejilla. Pero no dijo nada, la miró a los ojos.

Con el devenir del tiempo del universo y en medio del desierto, así se han unido. Entonces, la abrazó y la oprimió contra su pecho.

Ahora volarán las palomas eternamente. Ella ve palomas en la cabeza de Hilmar, y gime como si fuera a ocultar otra lágrima. Ve estatuas sumerias y palomas.

—Yo tengo un libro para ti —le dice ella a él—. Es un libro que escribí hace unos años, sobre Egipto y la diosa Isis y sobre la Gran Diosa Madre. Y quiero que tú lo tengas también.

Ella, por su parte, no cesaba de asombrarse de la tranquila seguridad de Hilmar, ya que vivía al margen de las costumbres establecidas, consiguiendo, sin embargo, el respeto y la aceptación de cuantos le trataban. Hilmar tenía un temple que era misterioso para ella. Era el mismo modo como la diosa Ishtar, la diosa del amor, se había mostrado a ella, en su gruta, en la caverna de la Señora, la diosa. Era toda una vida, una vida reposando con dioses y con lenguas misteriosas, la historia de sus vidas.

Tenemos testimonios de la diosa, de la Gran Madre, como diosa principal, se hallan hacia el 3200 a. C. La conoce ya la religión sumeria, la más antigua de la que sepamos algo en aquel tiempo, ni siquiera se hacía mención de un Padre Absoluto. Su imagen se encuentra en el arca sagrada de Uruk, ciudad mesopotámica cuyos orígenes se remontan a la prehistoria. La adoran en Nínive, Babilonia, Assur y Menfis.

La podemos descubrir también en la forma de la india Mahadevi, gran diosa; la vemos en innumerables *matres* o *matrae*, las diosas madres de los celtas, cubiertas de flores, frutos, cuernos de la abundancia o niños, y, en último lugar, la podemos identificar en Egipto bajo los rasgos de Isis. Es el modelo que después se erigirá con el de la María cristiana.

La Gran Madre, que aparece en montañas y bosques o junto a ciertas fuentes, cuya fuerza vital y bendiciones se sienten de año en año, es la guardiana del mundo vegetal, de la tierra fructífera, de la idea misma de la belleza, del amor sensual, de la sexualidad desbordante, señora también de los animales. Los más sagrados son, para ella, las palomas, los peces y las serpientes: la paloma es una antigua imagen de la vida, probablemente ya en el Neolítico; el pez, un típico símbolo del pene y la fertilidad; y la serpiente, a causa de su similitud con el falo, también es un animal sexual, que expresa la generación y la fuerza.

La Gran Madre, sin embargo, no está ligada sólo con la tierra, con lo telúrico. Su destello se extiende, ya entre los sumerios, “por la ladera del Cielo”, es “Señora del Cielo”, diosa de la estrella Ishtar, la Estrella de la Mañana y el Atardecer, con la que es identificada hacia el 2000 a. C., es Belti, como también la denominan los Babilonios, es decir, literalmente, “Nuestra Señora”; es según Apuleyo, “señora y madre de todas las cosas”, la santa, clemente y misericordiosa, la

virgen, una diosa que, sin quedar embarazada, da a luz.

CAPÍTULO 10

Ingrid relata la leyenda de los siete velos a Hilmar y abre el libro que le ha regalado para leer un pasaje:

»Era el tiempo de tristeza tras la muerte del dios de la Primavera Tammuz. La hermosa diosa Ishtar, que lo amaba tiernamente, lo siguió hasta las antecámaras de la eternidad desafiando a los demonios que guardan las puertas del templo. Pero en la primera puerta el demonio guardián obligó a Ishtar a entregar sus sandalias, que los hombres sabios dicen que simboliza entregar la voluntad.

»En la segunda puerta la diosa tuvo que dejar sus enjoyados brazaletes de los tobillos, que los hombres sabios dicen que significa entregar el ego.

»En la tercera puerta entregó sus ropas, que supone entregar la propia mente.

»En la cuarta entregó los cuencos dorados que cubrían sus pechos, que es como entregar la actividad sexual.

»En la quinta puerta entregó su collar que supone desprenderse del éxtasis de la iluminación.

»En la sexta puerta entregó sus pendientes, que significa entregar la magia.

»Y finalmente en la séptima puerta entregó su corona de mil pétalos, que es entregar la divinidad. Solamente así completamente desnuda, pudo entrar Ishtar en la eternidad y rescatar a su amado. La severa reina de las regiones infernales, Ereshkigal, de mala gana permitió que Ishtar fuera rociada con el Agua de la Vida y partiera con Tammuz al reino superior”.

—Al dejar el velo, Ishtar revela sus verdades —expresa Ingrid, no sin emoción en sus ojos—, y entonces consigue reunirse con su amor. Así es como Ishtar volvió a la vida, pero tenía que pagar el precio: durante seis meses al año Tammuz debe vivir en el mundo de los muertos. Mientras está allí, Ishtar ha de lamentar la pérdida de Tammuz ocultándose ella misma; pero en Primavera ella vuelve a salir de su oscuridad y todos se llenan de gozo.

—Sí, pero hay que tener en cuenta que en cada una de las siete puertas se la iba despojando de una de sus prendas, y con ellas se iba despojando de su poder, hasta que llegó desnuda e indefensa ante Ereshkigal, que la mató y colgó su cuerpo de un clavo. Y con su muerte todo el mundo comenzó a languidecer.

—Exactamente, es que se me ha olvidado contar el principio de esta leyenda, acerca el odio que existía entre su hermana, Ereshkigal, y ella.

CAPÍTULO 11

Esta leyenda de la diosa Ishtar tiene un paralelismo con la de la diosa Isis, egipcia. Sí, es muy interesante —sigue explicando Ingrid a Hilmar los orígenes de las religiones—. Te lo trataré de explicar:

»Tammuz resucita con comida de la vida a Ishtar, el amor triunfa. Isis resucita a Osiris uniendo sus trozos y resucitándolo, después hacen el amor y su fruto es Horus. La cautivadora Ishtar es ella la que muere, y en Isis es Osiris el que muere. Al igual que Ishtar y Tammuz eran hermanos y amantes, Isis y Osiris también eran hermanos y esposos.

»Es Ishtar la que se enfrenta con su hermana y ésta la mata y la cuelga de un palo. Es Seth el que por envidia mata a Osiris y reparte los trozos de su cuerpo por Egipto. Es Tammuz quien con la magia del amor resucita a Ishtar, la que queda confinada por seis meses al mundo de los muertos. Es Isis quien con la magia del amor resucita a Osiris, quien queda confinado en el mundo de los muertos.

»Las dos caras de la misma moneda del amor, el gozo de estar juntos y el sufrimiento de estar separados. Las leyendas se repiten.

Ingrid toma un sorbo de vino que le ofrece Hilmar, que está a su lado sentado contemplándola con una sonrisa y embriagado por el aire intelectual que su compañera despierta en él.

—Por eso, Ishtar está relacionada con un mito de festividad primaveral, que es cuando el dios Tammuz regresa a la tierra y vuelve con su amada Ishtar a la vida. Es un mito primaveral, que se repite en Grecia con la diosa Perséfone. No olvidemos que este mito se ha repetido a lo largo de la historia.

—Sí, o el mito de Proserpina —replica Hilmar—, como se la llama a esta diosa en Roma. Y ella está relacionada a su vez con Dionisos, que es el dios “nacido dos veces”.

—Exactamente. El mito de Perséfone es un mito primaveral en sí, como el de Proserpina. Sólo tiene relación con el Hades y con el Tártaro que la mantiene raptada.

La leyenda cuenta que el origen de la Primavera radica precisamente en este rapto, el rapto de Hades, pues cuando Perséfone fue llevada a los Infiernos, las flores se entristecieron y murieron, pero cuando regresó, las flores renacieron por la alegría que les causó el retorno de la joven. Así la presencia de Perséfone en la tierra se vuelve cíclica también, así como el nacimiento de las flores y el retorno de la primavera.

Durante un tiempo Perséfone se mantiene alejada de su madre, Deméter, diosa de la fertilidad y el trigo, y confinada al Tártaro, o mundo subterráneo, como la esposa de Hades, y mientras tanto la tierra se vuelve estéril y sobreviene la triste estación del Invierno.

—Muy bien, Ingrid. Pero también debes reconocer que en torno al dios Dionisos, dios del amor, se forma una leyenda, que nos interesa saber por la relación que tiene con las demás diosas. Cumple una función también al ser adorado en Grecia, como un dios masculino que es adorado por todas las demás diosas. Quizás esto transgreda un poco tus teorías sobre la transición de las diosas femeninas y maternas a los dioses paternos y patriarcales.

—Sí, es interesante lo que me propones.

—Sí, Dionisos se dedicó al cuidado de las ninfas. Y sus rituales orgiásticos y místéricos en Eleusis (la eleusis es un rito iniciático) eran sagrados, y se celebraban junto con las Ménades y las Bacantes. Es con ellas con las que se asocia este misterio.

—Pero la condición de la mujer en Grecia mucho me temo que empezó también a decaer junto con la corrupción general y las bacanales, que fueron fruto de toda clase de barbaridades y monstruosidades, desde la omofagia hasta el relato de Orfeo en que las Ménades lo descuartizan.

—Sí, pero en cuanto a Perséfone, como diosa del inframundo, este mito tiene relación también con Dionisos.

—Ah, pues no lo conozco, me sorprendes de nuevo.

—Hay una versión de un mito que representa a Dionisos con su madre, que se dice en él que es Perséfone, pero su madre es Sêmele, una mujer mortal y su padre, el dios Zeus. Una celosa Hera, esposa de Zeus, intentó matar al niño, enviando esta vez a los Titanes a descuartizarlo tras engañarlo con juguetes. Zeus hizo huir a los Titanes con sus rayos, pero éstos ya se habían comido todo salvo el corazón, que fue salvado, según las fuentes, por Atenea, Rea o Deméter. Zeus usó el corazón para recrearlo en el vientre de Sêmele: de ahí que se llame a Dionisos “el dos veces nacido”. Esta es la leyenda más parecida a la de Ishtar, pero también en Dionisos. Es por esto que todas las diosas están unidas con este dios, y es así bendecido por toda clase de venturas.

—Este mito —responde Ingrid emocionada por la leyenda— juega también con el misterio de ser rescatado a la vida, por el corazón, y por el apiadamiento de todas las diosas, que en realidad lo consideran como a un hijo y se enternecen ante el hecho del sacrificio y la inocencia de un niño.

El rostro lunar de ojos azules de Ingrid forma una unidad en el vacío. Y los oscuros ojos azulados de Hilmar se incendian frente a los ojos claros de Ingrid, traspasados por la opacidad de la luz exterior. El pelo suave, sedoso de Ingrid cae por su rostro y parece angelical ante la emoción que le infunden los restos de la arqueología antigua. Pero ahora no navega ya sola en su barco, ahora se siente fortalecida y acompañada.

CAPÍTULO 12

Bagdad, 26 de diciembre, biblioteca del Museo nacional

Siegrid y Agnes han pasado esa tarde realizando algunos descubrimientos a través de las teselas y las tablillas de arcilla.

Esta transición de los dioses maternos a los dioses paternos es probablemente uno de los periodos de la Historia más comprometidos para el hombre. Y en verdad a partir de él, el Hombre se siente como corresponsable en la creación de la Naturaleza, al inventar el poder de las Leyes, y de las Leyes que él se da para sí mismo, en tanto que hombre. Aquí es donde está el salto que lo separa definitivamente de la mujer. La mujer queda relegada a ser la Sin Ley, la mujer no tiene representación lingüística válida. Hasta entonces el derecho femenino había existido pero no estaba escrito. Todo se recogía en costumbres. Ahora al escribirlo un inmenso poder adquiere el hombre sobre la mujer.

Claro que hay una necesidad de derechos específicos de las mujeres, precisamente para contrarrestar esta gran fuerza que se extendió durante siglos, la del derecho del patriarcado. Todo comienza aquí y se extenderá a través de la religión cristiana sobre todo.

Parece que Simone de Beauvoir mantiene el dualismo mente/cuerpo, aun cuando ella ofrece una síntesis de esos términos. La preservación de esa misma distinción puede ser reveladora del mismo falogocentrismo que Beauvoir subestima. En la tradición filosófica que se inicia con Platón y sigue con Descartes, Husserl y Sartre, la diferenciación ontológica entre alma (conciencia, mente) y cuerpo siempre defiende relaciones de subordinación y jerarquía política y psíquica. La mente no sólo somete al cuerpo, sino que eventualmente juega con la fantasía de escapar totalmente de su corporeidad. Las asociaciones culturales de la mente con la masculinidad y del cuerpo con la femineidad están bien documentadas en el campo de la filosofía y el feminismo.

—Toma, lee estas notas que he tomado de Judith Butler, la feminista americana que tú conocerás. Y toma también éstas que son sobre las ideas de Luce Irigaray. Entre ellas dos hay alguna variante. El feminismo de la diferencia. Y sobre la ley y la representación de la ley.

—Pero la Ley, ¿qué es la Ley? Hemos puesto la Ley por encima de todo. Es un pacto, un acuerdo.

—La Ley, ante todo, es un símbolo de poder, no te olvides. La ley es quien opera la mistificación, transporta el objeto libidinal del deseo, y lo importante es que este lazo amoroso con la ley no se pierda. Como también pueda servir para el objeto de la creencia en la ley.

—Creo, Siegrid, que estamos de acuerdo.

—La sublimación hace que se opere la introyección del objeto libidinal del deseo y se produzca la mistificación de la ley. Con ello opera un transporte, la ley se convierte en un vehículo donde el sentimiento culpable opera frente a ella mediante una sublimación y la sumisión a la ley por la creencia.

—Esto parece una teoría del Psicoanálisis. La Ley necesita de una sublimación amorosa también.

—El amor es lo mismo que la ley, lo saben los poetas, lo sabe Platón. También necesita de la sublimación del objeto libidinal al que transporta hacia otro lugar donde se mistifica por la sumisión a la Ley.

—Más que una teoría psicoanalítica es una fórmula que ya se simboliza en la Edad Media por medio de la creencia y el poder de la Ley. Y por medio de la dramatización de la penitencia y el castigo del pecado o la culpa. El lazo amoroso de la ley se convierte en redención.

—Me hubiera gustado especializarme en la Edad Media, siempre me gustó el poder ritual que tiene la palabra y la fuerza de dramatización en sus concilios y sus tribunales.

—Pero en cuanto a la representación del género, la Ley está escrita de una forma cultural, de una forma patriarcal, que no ha permitido la evolución de los géneros y de nosotras las mujeres. Y cuesta mucho cambiar la mentalidad de la ley, porque existe un subconsciente cultural sedimentado a lo largo de la historia, como en esas tablillas de arcilla tan antiguas.

—Sí, en efecto, así es.

—Yo deseo que la cultura del sujeto a la que pertenezco, sobre todo, en función de mi lengua, evolucione hacia una cultura del sujeto sexuado, y no en el sentido de una destrucción indiscriminada de la subjetividad.

—Claro que te entiendo. La identidad apenas está definida en los contornos de la ley ni el género del sujeto.

—A veces se parece ignorar que existen muchas lenguas y que todas ellas evolucionan, y en lo referente a la cuestión del género no todas las lenguas lo tratan de igual manera.

De repente ha penetrado una luz por la ventana como un rayo que se proyecta hacia dentro. Son como los rayos de un túnel, el rayo toca la mirada de Agnes, desafiándola a ser una mujer resuelta.

Los ojos de Agnes tienen un brillo resplandeciente, que mueven con su mirada el corazón.

—No nos precipitemos —de repente asiente Siegrid intrigada—. Hay algo revelador aquí, en todo ello. El mismo deseo de poder, o el mismo deseo de ser iguales como género, eso nos compromete con la ley y con la creencia en la ley. Necesitamos por ello de un acto de sublimación también.

—Al parecer dramatizamos la ley con la penitencia, castigando al culpable y redimiéndolo con la pena. Sólo porque se produce una represión o una alta restricción en el objeto del deseo.

—¿Cómo vamos las mujeres a eludir el compromiso que tenemos de ser las portadoras también de la ley? En cierta forma, siempre nos hemos sentido culpables.

La mirada de Agnes se fijó hacia el fondo de la estancia y se quebró en cien mil luces. Los ojos de Agnes eran como esas pálidas flores a las que acuden a beber el polen las abejas al atardecer. Siempre crecen y rebosan, pero nunca se quiebran. Ella posee un misterio en los ojos que la atrae suavemente a la luz. Sin embargo, Agnes sigue empeñada en su búsqueda y en su propósito.

CAPÍTULO 13

Bagdad, 1 de enero de 2014

Todos se hallan alrededor de una mesa y se disponen a celebrar el nuevo Año con la fiesta del Cordero y con un gran almuerzo.

—En parte se debe a Bachofen —reprende Ingrid a su discípula que confía demasiado en las explicaciones simples— esta clasificación en diosas materiales y en dioses espirituales. Y lo es porque le resulta cómoda para explicar la transición a un periodo apolíneo y dionisiaco, donde la religión se espiritualiza. Pero esta distinción, en realidad, no existía tan claramente. Las diosas eran diosas de la fecundidad, de la fertilidad. Es cierto que eran diosas de la tierra, pero la diferenciación entre dioses y diosas respondía a otras necesidades, más bien respondía a los ciclos de las cosechas y del cultivo y a la recogida del fruto. Son ciclos primaverales que tienen que ver con la tierra, pero también con los ciclos lunares. De hecho, Ishtar es una diosa que se representa con una estrella. Luego hay que entender que Bachofen, en cierta forma, como Freud, cuando analiza la sexualidad, son hombres que están reflejando la mentalidad de su época, a la que tratan de analizar, pero sus aportaciones o investigaciones pueden estar influidas por ese momento o por el reflejo de las propias ideas acerca de la realidad de ese momento.

—Yo, como neófito de “feminista” —Hilmar levanta su copa y habla ante todos los presentes—, y desde una cortés distancia hacia la representación del otro género, siento que lo importante es que somos personas e individuos humanos con igual dignidad. Y veo con simpatía que las mujeres quieran entender su lucha como algo más que una causa, que como digo no tiene otra causa que la razón.

—Es que las mujeres os hemos ganado esta vez en número, porque vosotros sólo sois dos hombres. Y nosotras no estamos aquí para hacer ninguna causa frente a vosotros, es sencillamente que al conocer la vida de las mujeres de otras culturas, hemos vivido claramente y sentido que hay mujeres maltratadas y mujeres humilladas en contra de lo que fue su destinación como diosas en sus orígenes. Y que ellas mismas ahora no reconocen esos orígenes sino esta dependencia y se creen que pertenecen al otro género. Sin duda, si hemos venido hasta Irak para descubrir las religiones sumerias y la posibilidad de la existencia de un matriarcado anterior, es porque son muchas las cosas que se han trastocado en la civilización.

Ingrid respira y sorbe un poco de su copa de vino. La luz penetra por la terraza exterior de la casa de Hilmar, donde se encuentran celebrando la festividad del Nuevo Año 2014.

—Lo que no podemos esperar desde la pasividad es que las cosas evolucionen. Más aún esta realidad que nos aparta a las mujeres fuera de la ley. Esta realidad que nos aparta está lejos de la vida, arrancada de sus propias raíces corporales, de su relación con la vida, se convierte en algo mortífero, como ya diagnosticó Freud, al hablar del privilegio cultural de la pulsión de muerte. Sólo expresa denegación y permanece en un perpetuo paso a un acto inculto, en un artificio, no constituye un verdadero estatuto cultural humano. Así es como concebimos las relaciones humanas, en un acto inculto.

—La asociación conceptual de la mujer con la naturaleza es un concepto nunca dado —añade Agnes— por la propia naturaleza, sino siempre social e ideológicamente construido desde las definiciones que la cultura se da a sí misma. Y no aparece, creemos, como algo que se pueda derivar sin más de su proximidad a la vida por ser dadora de la misma.

—Sí, así es, en efecto —Ingrid aduce con semblante serio—. Pensemos que la adjudicación de estos lugares categoriales responde a la situación de marginación y de opresión —cuando no de explotación— en que siempre se ha encontrado la mujer. Opresión desde la que se nos ha definido.

—Y hasta mucho más allá de la época de las religiones, por ejemplo, con el racionalismo de la Ilustración. No olvidemos el “*Emilio*” de Rousseau —ahora es Hilmar quien aporta más datos para la causa.

—Sí, en las instrucciones ofrecidas en el “*Emilio*” para la educación de las niñas, con una justificada ferocidad podemos criticar a Rousseau cuando dice: “Las niñas deben ser activas y diligentes, pero eso no es todo; desde muy temprano han de saber contenerse”. “Deben someterse al decoro durante toda su vida, que es el freno más severo y más constante”. “Demasiada indulgencia las corrompe y pervierte con la disipación, la vanidad y la inconstancia, que son los vicios a los que son más propensas”. Todas estas instrucciones del decoro femenino parecen extraídas del “Manual del perfecto domador”.

—Jajaja —se ríen todos los comensales, que escuchan a Ingrid en su discurso de bienvenida al nuevo año.

—Pensemos en la interpretación hegeliana del personaje de Antígona. Con la distinción entre naturaleza y cultura se engarzan para Hegel otras varias distinciones de su cosecha, como las existentes entre el ser-en-sí y el ser-para-sí, la inmediatez y la mediación o lo genérico y lo individual. Merecerá la pena que nos detengamos por un instante en el último eslabón. La dicotomía “género”-“individuo” cumple un papel fundamental. Siendo naturaleza, en última instancia, la mujer no accede al estatuto de la individualidad, estatuto cultural por excelencia, que Hegel reserva al ser-para-sí o “autoconciencia” capaz de despegar de la inmediatez. Por el contrario, eso es lo que no puede hacer “la esencia de lo femenino”. Sino que se define como algo genérico y, en cuanto puro “género” y no individuo, tampoco le será dado orientarse hacia el otro como individuo.

—Es cierto que estas ideologías y conceptos hacen —dice Agnes— que se postergue todavía más el sometimiento de la mujer.

—Sí, a veces se nos olvidan la función que los hechos categoriales, que las racionalizaciones y legitimaciones cumplen en el acervo cultural e institucional y que nos discriminan con esa fuerza.

—Es una perla misógina, donde las haya —aporta Hilmar, dando su opinión—, este célebre párrafo de Hegel en su *Fenomenología del espíritu*. Aquí se encontraría para Hegel la justificación del doble código moral según se aplique al hombre o a la mujer.

—Por ejemplo, siempre la mujer ha tenido que proteger su moralidad mucho más que el hombre, porque el reproche en ella era mucho más grande —afirma Ingrid.

Ingrid bebe un sorbo de agua y sigue su discurso:

—Sí, hemos topado con la cuestión del “realismo de los universales”, cuando lo más sano es un sano “nominalismo”. Es decir, llamar a las cosas universales por un nombre, la “honestidad”, por ejemplo, sin que el nombre consista en una reificación de ninguna esencia. No hay ninguna reificación de la esencia de lo femenino.

—¡Muy bien, Ingrid, excelente discurso! —aplauden Agnes y Siegrid.

CAPÍTULO 14

Ingrid sorbe un poco de su champán, y quiere estar segura de que no está haciendo un discurso sin fin.

—Bueno, dejémoslo. A mis alumnas les impongo un trabajo sobre esto para los próximos días. Pero a vosotros, los hombres, me conformo con que me llenéis la copa con un poco más de champán.

—Y todavía quedan dulces, son dulces especiales, hechos con pistachos, miel y almendras. Y llevan anís y azúcar glasé —dice Hilmar que mira a Ingrid con un poco de malicia y, acto seguido, le dice:

—Creo que se trata no de esa estrategia de combatir el universo del hombre, porque es injusto, y porque sus dioses son masculinos cambiándolo por los dioses de la mujer. Es mejor que aceptemos las limitaciones culturales que tiene la vida tanto la del hombre como la de la mujer. Y no podemos cambiarlas en dos segundos, algunas de esas limitaciones están así establecidas filogenéticamente, pensemos en la división del trabajo entre cazador-recolector en el momento de la prehistoria.

Ingrid entonces mira a Hilmar con unos ojos envolventes y tentadores:

—En ese momento de la civilización y la prehistoria la estructura del cerebro del hombre y de la mujer se estaba todavía creando. Pero no todo es biología, sin duda, hay una influencia ambiental y social muy grande. Pero no se trata de cambiar un universo por otro, siempre he buscado la complementación; y, por eso, no niego a la mujer en su forma de evolución y en su identidad subjetiva, identidad que es sexuada. Es ridículo hacer una competición entre unos y otros, lo único que pido es que se reconozca nuestra identidad como valor sexuado. Y es así porque es necesaria para la vida. Por eso, he venido hasta aquí, para estudiar las civilizaciones que estuvieron más cerca del valor sagrado de la vida y de la vida sexuada.

Todos, Ingrid, Hilmar, Siegrid, Agnes y Wilhelm, el colaborador alemán que les ha acompañado en su expedición universitaria, se emocionan entre ellos y dan muestras de gran unión. Los rostros observantes se muestran nada indiferentes. Ingrid está serena pero con una fuerza que la arrastra. Sabe que está viviendo, por fin, su vida como una mujer. Y se siente feliz. Y feliz ante ese hombre que tanto la ha impresionado. Vaya donde vaya las cosas ya no pueden cambiar bajo su mirada. Y todo semueve como ráfagas de fuego cuando el sol comienza a inclinar su luz hacia el confín de la raya del horizonte. Y siempre queda un misterio que hace que resbale la luz bajo su capa de seda dorada.

CAPÍTULO 15

—Tal vez, mi querido Hilmar, he bebido un poco más de lo habitual, pero no te ofendas.

Pero Ingrid no se da por aludida y vuelve a la carga de sus reivindicaciones:

—El sexismo es la forma más inconsciente de racismo y da lugar a multitud de contradicciones antes de desvelarse.

Hilmar se preocupa por el estado de Ingrid que está hablando con algún signo de ebriedad en sus palabras. Por el color rojizo de sus mejillas se está sofocando.

—Te estás acalorando, Ingrid.

—No, déjame hablar. Tengo que despedirme de mis alumnas. Ellas son el único valor o motivo por el que todos estos años he hecho lo que he hecho. Pero mi labor de profesora concluye aquí. No quiero hacer siempre esto. Y prefiero trabajar en un museo o descubrir algo. Tal vez ésa sea mi misión en los próximos años. No, pero déjame acabar, déjame ahora hablar de la fuerza de esta ilógica en el terreno económico. Cómo ellos imponen sus modelos y nosotras consentimos todo. No podemos seguir así con esos modelos irracionales, que se justifican porque responden a modelos matemáticos fríos y duros, porque esto les otorga más prestigio científico.

La noche acaece con más profundidad y todos deciden terminar así la velada festiva. Wilhelm se despide de Hilmar y llevará en su coche a las alumnas hasta la residencia universitaria. Ingrid se quedará con Hilmar un poco más para descansar, dado su estado de incipiente embriaguez. Han considerado que hacer así es lo más prudente.

La noche se apodera de los vientos y afuera los árboles se mueven arriba y abajo mientras destellan las estrellas. Las historias de Ingrid han divertido a todos. Pero las historias en las que se cuenta el vivir de la gente en la intimidad son difíciles. Algunas historias siguen su curso absurdo y languidecen.

Ingrid siente la soledad cuando todos ya se han ido. E intenta descansar y recuperar actividad mental y su memoria, pues se olvida de las cosas. Casi se olvida de dónde está. Hilmar la coge en brazos y la lleva hasta la cama y la tiende en ella para que descanse. Ella posa su mano en el brazo de él y lo desliza hacia arriba y lo deja reposar. Él roza su hombro con suavidad, se demora en su contemplación. Ahora tiende las manos de ella a ambos lados de la cadera. Ella cierra los ojos. Luego abre la boca y gime. Hilmar se acerca hasta ella y la besa en los labios con un dulce beso. Ella siente unas florituras que le erizan su piel y su vientre, y se siente transportada más allá.

CAPÍTULO 16

Bagdad, 2 de enero de 2014, amanecer

Los párpados de Ingrid levemente entornados y sus labios entreabiertos apenas velan su excitación. Del jardín exterior llegan sonidos, al amanecer, como pétalos que flotan sobre insondables profundidades. Las contraventanas se hallan abiertas para que entre la luz del día.

—¿Cómo has dormido? —le pregunta Hilmar que la desvela entre sueños.

—Bien. Me he dormido, lo sé, lo siento. Todavía estoy aquí. Ha sido el cansancio, el agotamiento. Pero la bestia o la diosa encadenada está aquí, todavía tiemblo con este velo sutil que me cubre.

—Ven, deberías darte una ducha. Eso te relajaría y te ayudaría a despertarte. Si quieres te masajearé la espalda.

El silencio cayó en el rostro de él y ella lo miró y se apoderó de ella el deseo y se buscaron las bocas. Ahora Ingrid siente la espuma que se desliza en su espalda, un torbellino de miradas lascivas la hunde en las profundidades de su caverna. Hilmar dibuja en su cuerpo curvas y florituras, en el contorno de su pezón erguido posa sus labios y lo mordisquea levemente. Ella gime y se contonea y jadea. Deja que la presión del agua de la ducha caiga sobre la espalda de él. Ahora sobre el sexo de él ella se inclina y lo acaricia tiernamente. Luego busca la boca de él y se abrazan fuertemente. Y él busca los muslos de ella, quiere sumergirse en la caverna y en la superficie de la tierra. En ese momento, ella quiere tocar y absorber el sexo de él con su boca. Él la coge en brazos con su fuerza, y le pone una toalla y la lleva a la cama. Quiere poseerla, por fin, hacerla suya y desgarrarla. El sol del amanecer produce un soplo de burbuja en la habitación e incrusta de un color cálido a los cuerpos. Poco a poco se apodera el azul del mediodía y gota tras gota hay un dulzor que él va depositando en ella con sus gemidos. Oye la caída del silencio que traza círculos concéntricos hasta las últimas orillas de sus cuerpos. Se abrazan tiernamente y se hunden locamente.

Todavía quedaba un rumor, una resonancia, casi un adelantarse consciente a la superficie para recaer en ella mutuamente. Ahora el silencio caía en sus rostros y se buscaron las bocas. Hilmar no se calmaba, puso su boca en sus senos y los besó tiernamente y bajó hasta su vulva y empezó a provocar espasmos en ella y una fuerte excitación eléctrica y sensorial. Estuvieron así un tiempo, ella agarraba su cabeza y él la agitaba y sentía el vientre de ella erizarse de placer. Quería gozarse y gozarla. Sentía la oscura raíz de su cuerpo, y ella lanzó un grito estertor, como si estuviera abismada en un abismo y él la abrazó de nuevo y se hundió más en ella, como si fuera un animal sediento.

Se quedaron quietos y callados en la cama. Ella abrió los párpados para recibir la luz. Son de esos momentos en que nada queda sin ser absorbido. Y que la luz penetra como un soplo ahíto y repleto con la solidez de la satisfacción que la ansiedad destruye. Pero ahora descansan. Sobre las insondables profundidades los pájaros cantan esa mañana. Ellos acostados guardan silencio.

La mujer tiene que descubrir en el hombre al niño que se oculta en su interior.

—No te vayas, quédate —le dice Hilmar a Ingrid, que ve que se levanta de la cama.

Ella observa que, al momento, las frases comienzan a saltar enroscadas de los labios y nuevamente siente el deseo de abordarle. Pero instintivamente siente como un muro de separación entre los dos. Es como si acercara una cerilla al fuego, estar con ese hombre hace que ella prenda y arda. El amor no puede nacer de una persuasión, el amor no se razona. Siempre había creído que el amor era esa otra cosa que ardía y que se consumía, pero ahora piensa que ella es una mujer, es ese juguete peligroso para él. En la seducción estaba implicado el juego o posiblemente la había ayudado el vapor etílico del alcohol.

La ternura que él le inspiraba no había desaparecido del todo:

—¿A quién, con qué palabras, con qué razones se convence al otro a que ame o por lo menos corresponda a tu amor? —pregunta Ingrid a Hilmar.

La ternura que él le inspiraba no había desaparecido pero el deseo se había apagado. ¿Qué les había pasado?

—Dime, ¿qué te pasa? —preguntó Hilmar poniendo cara de circunstancias—. Siempre hemos hablado de todo, si quieres me puedes convencer de nuevo con tus palabras.

—Necesito pensar. Esto ha sido algo maravilloso. Pero tengo que volver a Berlín en pocos días. Las mujeres como yo no respondemos al deseo. Tenemos obligaciones. ¡Oh, perdóname, ya estoy haciendo otro discurso!

Ella pensó que había idealizado ese momento, que era muy dada a idealizar situaciones. Ella había creído en los sueños.

—Los mitos surgen de los deseos, ¿por qué me hablas así?

—No siento que tengamos nada que hablar. Tal vez sí, pero no es firme nada de esto.

—Sí, lo es.

—No creo que yo me quede en Bagdad, ni me adapte a esto.

—No tenemos que permanecer o quedarnos aquí. Nadie nos dice que no podamos conocer otra cosa, conocer otra alternativa. Te da miedo arrojarte en brazos de lo desconocido, o te da miedo arrojarte en mis brazos.

—Es cierto, no conocemos otra alternativa, y aunque la supiéramos no nos comprometeríamos con ella. No hay tiempo. Puedo estar enferma de humillaciones tal vez. No soy una mujer joven. Me debo a mí misma.

—Sí, estamos obligados a vivir sin un sentido de la autoestima, humillados profundamente y ahogados por los esputos, y lo vemos todos los días en el entorno que nos rodea en este país. No tengas miedo de mí. Mi gobierno nos ayudará. ¿Vas a volver a la soledad de Berlín?

—Estoy un poco muerta, ¿no lo comprendes? No soy una mujer normal.

—También aquí entre ruinas, hemos elegido este destino porque estamos todos algo muertos, algo retenidos por nuestra desconfianza hacia la vida. ¿Es eso? ¿Por eso te da miedo de mí?

—Sí. Lo enternecido y lo destructivo de uno hacia sí mismo. No, no quiero tu compasión.

En ese momento, él hizo amago de acercarse a ella. Pero ella parecía vencer un gemido torturado. Ingrid se empujó sobre las puntas de los pies y dio un ligero giro, se acercó a su rostro, le dio un suave beso en los labios y se volvió y, recogiendo sus prendas de abrigo, salió por la puerta y se marchó.

CAPÍTULO 17

A veces, el exaltado no es el noble, sino el humillado, el que no tiene clase social y, además, éste puede ser el que termina ganando. En el caso del judaísmo primitivo éste se alió con la clase clerical babilónica para combatir a la clase guerrera que se había alzado, y la vencieron. “El que se humilla será ensalzado”, dice la religión antigua.

Cuando el sumiso se encaraba con el fuerte, retándole a que éste le degradara y el fuerte reaccionaba maltratando y humillando, hacía precisamente lo que deseaba el sumiso. Es decir, le obedecía, se convertía en su instrumento, aunque creía estar dominando... Era una relación de masoquismo, pero había muchas mujeres y muchos hombres que vivían felices en la sumisión. Uno se sentía feliz y seguro porque sabía que había tocado su fondo y que ya no podía tocar un fondo más bajo, no se iba a humillar más. Ella no se había dado cuenta de hasta dónde podía soportar por amor. Tal vez ahora se daría cuenta.

En el jardín los pájaros que al amanecer habían cantado sin orden ni concierto esporádicamente, en aquel arbusto, en el interior de la residencia donde Ingrid se refugiaba, ahora cantaban a coro en sonido agudo y cortante. Ahora a coro, como si tuvieran conciencia de compañerismo. Ahora aisladamente, como si cantaran al cielo azul pálido. Había en su canto miedo, premoniciones de dolor y la alegría de huir veloces en ese instante. También cantaban en emulación, en rápidas evoluciones, al claro aire de la mañana.

CAPÍTULO 18

Basora, 3 de enero

Wilhelm y Hilmar acompañan a Ingrid, Siegrid y Agnes en el viaje a Basora. Hilmar hace el papel de escolta y de intérprete. Al conocer el árabe y al tener la autoridad de un oficial estadounidense, puede dar respaldo y seguridad ante los puestos de control de la ciudad. Una ciudad, la de Basora, que ha sido también muy castigada por atentados y bombardeos, pero que en estos momentos se encuentra en una situación de paz, y cuenta también con la admiración de su belleza turística, su industria y su fértil valle agrícola.

Ingrid quería ver el mar. Han venido, sobre todo, para hacer una excursión y respirar la brisa del mar, pero se han encontrado con mucha pobreza. Y al mismo tiempo grandes contrastes con la riqueza petrolífera.

Hilmar ha tenido que proteger a las mujeres y enseñar su placa estadounidense varias veces a las autoridades. No se les recomienda entrar en las zonas más deprimidas.

Sí, ciertamente, verán los canales, porque Basora ha sido llamada la Venecia del Oriente medio. Sus palmeras en la playa tienen una apariencia de oasis. El bosque de palmeras se encuentra en gran medida en las orillas del Shatt-al Arab.

Hacen un recorrido y visitan la antigua mezquita de Basora, que está considerada la primera mezquita del Islam fuera de la península arábiga. Las casas del centro aparecen mejor conservadas con su estilo antiguo y son más bonitas.

Existe también un mercado indio muy tradicional. Se llama el mercado indio, y es uno de los principales bazares en la ciudad, ya que los vendedores indios trabajaban allí desde el comienzo del siglo pasado. Y Hanna-Sheikh Bazar es un antiguo mercado, que fue establecido por una familia poderosa de la ciudad.

Ahora Hilmar y sus acompañantes pasean por la isla Sinbad que se encuentra en el centro de Shatt Al-Arab, cerca de la Miinaalmakl, y se extiende por encima del puente de Khaled y es un punto de referencia turística. Toda la comitiva está de acuerdo en pararse para almorzar en algún restaurante que esté cerca del mar o se oriente a la orilla de un canal con barcas. Esta isla tiene un ambiente más romántico y tranquilo.

La superficie del mar se hizo despacio transparente, y estuvo destellante y rizada hasta que oscuras barras de sombras borraron el trasfondo y se hicieron opacas. Un arco de fuego parecía que ardía en el borde del horizonte y, a su alrededor, el mar lanzaba llamas doradas. El sol proyectaba luces amarillas y verdes en el cielo. La luz incidió en la superficie del agua y dio transparencia a una tabla, que lenta y densa crecía y crecía.

Un niño que corría lanzó una piedra y miró las burbujas surgiendo del fondo del mar. El sol se alzó más. Olas azules, olas verdes, dibujaban rápidos contornos de líneas en la playa, rodeando un hierro vertical clavado en la arena y dejando superficies encharcadas de agua.

Hilmar miró a Ingrid. Él soñaba con plantas que florecían en el fondo del mar, y rocas por entre las que los peces nadaban y en las que él descifraba la escritura cuneiforme. Le gustaría

confesarle sus sueños a aquella mujer. Quería ser recibido por el mar como un bautizo del cuerpo. E Ingrid también sentía esa sensación.

Ahora bajaba la marea y las olas se retiraban más suavemente. Su corazón echaba el ancla como un velero cuyas velas resbalaban desde lo alto hasta la cubierta. Luego hubo viento y se hizo oscura la tarde, el mar azul se volvió oscuro. Vio una estrella, parecida a una Venus, corriendo entre las nubes.

Aquella expedición había resultado útil para descubrir tanta belleza escondida en aquel país tan mutilado por la guerra en el periodo de los últimos años.

Perola vida surge del mar jadeante, que muestra primero su oscura cresta. El rugido del mar está en sus oídos.

Abajo Ingrid y sus alumnas contemplan las palmeras sobre la playa dorada y dentro del restaurante hay un jardín abovedado con una celosía que lleva hasta la terraza que da al mar. Agnes dice que le gustaría volver a dar un paseo por el palmeral. Wilhelm mira a Agnes y se ruboriza por su gracia femenina y su sonrisa.

En la playa, los pájaros que al amanecer habían cantado sin orden ni concierto, ahora cantaban a coro en un sonido hilarante. Pronto salieron a pasear y se reunieron en pequeños grupos. Era necesario que se recogieran antes de que anocheciera.

Las rocas y los salientes de los canales quebraban la corriente de la danza del mar, la resquebrajaban, la estremecían. Y después alargándose, en suaves y sinuosos pliegues, la lenta marea se mecía como si se tratase de un cuerpo fluido.

CAPÍTULO 19

Basora, 3 de enero, crepúsculo

Ingrid y Hilmar se pararon, al mismo tiempo, para volverse y mirar una vez más al mar. Ambos se sonrieron por la coincidencia. Hilmar se acercó a Ingrid.

—Quisiera agradecerte los momentos que estamos pasando juntos estos días. Mi vida desde que estoy aquí no ha tenido reposo.

Ingrid se para y le mira a los ojos. Se detuvieron los dos juntos y sintieron que era la estancia del mar la que giraba a su vista.

—Gracias por traerme hasta aquí —le dice ella a él.

—¿Te asusta la muerte? —de repente le pregunta él a ella con algo de estremecimiento en sus ojos y sus labios—. Muchas personas tienen miedo a la muerte y, por eso, huyen de lugares como éste.

—La muerte no me asusta —responde ella—, lo que me asusta es la vida. Aunque la vida puede ser maravillosa también. Pero gracias por haber intentado una amistad de varios días. Yo tampoco puedo decir que mi vida haya sido un lecho de rosas. He vivido sin descanso estos últimos años. Haber venido hasta aquí es un detalle precioso.

—A veces amamos las cosas gracias al olvido —se refiere con otro matiz Hilmar a Ingrid—. Con olvido, casi ignorándola por entero, logramos que las cosas se vayan y se alejen de nuestra vida. Para que luego vuelvan y se nos representen como una eternidad inmutable que no ha cambiado.

—Aunque parezca increíble, aquí me envuelve cierta nostalgia, y no sé por qué. Ráfagas de olvido me calman más que otra cosa. El olvido de nuestros nombres quizás y de todos los nombres de milenios de años antes de nuestra era. Constituimos polvo para esta civilización tan antigua.

—Sí, seguramente nuestros antepasados se estarán riendo de nosotros, al vernos tan engolados, tan vanagloriados con nuestras técnicas y todas nuestras herramientas de estudio.

Eran hermosos bajo la luz de la luna que se alzaba en lontananza. Tal vez, ella soñaba con aquel instante, vestida de satén bajo la estrella flotante. Y le devolvía rectamente la mirada hacia su compañero de camino. Era el éxtasis, era el alivio de sentir que las palabras se amontonaban en tablillas flotantes de arcilla, convirtiéndose en un ardiente líquido espumoso, que se destilaba con los aromas de las plantas y las algas que aparecían en el camino.

La tarde se deslizaba sobre sus cabezas. La luna había girado un poco más, él deseó coger la mano de Ingrid, no soltarla nunca más, no recibir los rayos de indiferencia ni de desprecio de ningún hombre o mujer y despojarse de todo lo que había sido.

Él que era capaz de recibir las tempestades en su pecho, capaz de dejar que el granizo le cubriese, quedaba inmovilizado aquí, ante miles de flechas que le atravesaban, ante el ardor y la mirada de una mujer. Aquella tarde era venturosa y consagrada a vivir. No sabía que esto era capaz de sentirlo él. Se había sorprendido por este sentimiento nuevo, y por la caída de la noche.

Las olas se detenían y se amontonaban sobre sí mismas. Poco a poco se oscurecía la raya en el horizonte y el mar se hacía de un azul más oscuro y emergían rayas verdosas como si fueran partículas suspendidas en vidrio. Las airadas olas argentaban con un brillo algo más intenso, al inclinarse la luz nocturna. Algunos turistas, que paseaban por la playa, turbaban el silencio de la arena y la calma de un charco. Algunos barcos tenían las velas recogidas, y otros se alejaban. De vez en cuando las velas se agitaban con una leve brisa, pero cesaba la brisa y cesaba el movimiento.

A Wilhelm, que acompañaba a Siegrid y a Agnes, de quienes no se había despegado en todo el trayecto, le gustaba dejarse embriagar por el mar. Ahora él sentía de nuevo el deseo irrefrenable de arrojarse al mar, o de ahogarse mientras buscaba un broche perdido de la civilización mesopotámica. O soñaba que había encontrado la copa de oro de la tumba de la reina Puabi o la magnífica Arpa de Ur rematada por la cabeza de un toro en oro. Las excavaciones le atraían tanto como la playa. Alimentaría su poder y esplendor con sus descubrimientos y con los tesoros que las olas escondían. Nunca se sabía lo que allí podía haber en el fondo del mar. Bromeó con Agnes sobre ello, se mostró como un eminente restaurador y rescatador de obras que embellecerían con su esplendor la civilización actual. No sabía que su corazón ardía como un fuego en una isla desierta al borde del mar, y que se había enamorado de los ojos grandes y melancólicos de Agnes, y que sucediera lo que sucediera se elevaría de nuevo sobre ese fuego.

Estaban citados por la noche para reunirse en el restaurante del hotel donde se alojaban y cenar todos en agradable compañía. Por precaución, en aquella ciudad, era mejor resguardarse del bullicio de la noche, aún cuando poco a poco la ciudad había ido recuperando su normalidad después de la guerra. Pero toda precaución podía ser poca y era bienvenida por ellos, que debían mañana por la mañana dirigirse al aeropuerto de Basora para retornar a Bagdad.

Todos ellos parecían que iban a rescatar los vestigios de las grutas que confluían al sur del Oriente medio y que iban a acariciar las galerías nocturnas de la vida.

CAPÍTULO 20

—Las mujeres nos diferenciamos de los hombres por muchas razones y por muchas cosas. Pero decir que el género neutro —inquire Agnes a Ingrid, que está decidida a llevar la discusión un poco más allá— tiene importancia en el lenguaje, deberá tener una importancia relativa y así debe ser aceptado, como algo neutro. ¿Por qué te revelas contra el género neutro si no es masculino?

—No se puede decir que el género neutro no tiene importancia en el lenguaje, esto no debe ser aceptado así. Claro que la tiene. Aparte de los bienes en sentido estricto que el hombre se atribuye, ha dado su género a Dios y al sol, pero también enmascarado en el género neutro a las leyes del cosmos y al orden social o individual. El discurso y la lengua pueden utilizarse deliberadamente para obtener una mayor madurez cultural, una mayor justicia social. Precisamente lo que da tanto poder al imperio de la técnica como algo neutro es lo que hace que no se considere la importancia de esta faceta de la cultura. El sexo es una importante dimensión cultural, y esto requiere una evolución subjetiva y un cambio en las reglas de la lengua.

Agnes y Siegrid se sonríen entre ellas y de ellas brotan palabras de elogio, como si hubieran descubierto algún alimento que les curase de la monotonía.

—El discurso de las mujeres designa a los hombres como sujetos —intenta culminar su pensamiento Ingrid—. Las mujeres establecen relaciones con el entorno real, pero no lo subjetivizan como suyo. En efecto, las connotaciones del discurso de las mujeres se expresan sobre todo en los adjetivos, por ejemplo, y no en el predicado actualmente producido. En este sentido cabe interpretar también otros indicios: las elisiones del yo y de ella, todas las estrategias de anulación del femenino como sujeto del discurso, el problema de la transformación negativa, etc.

Durante la comida en Basora todos hablaron y compartieron sus experiencias.

—La cultura nos ha enseñado a consumir el cuerpo de la madre, natural o espiritual —dice Hilmar con un sentido profundo de la reflexión—, sin sentirnos deudores, y, en lo concerniente al mundo de los hombres, a omitir la apropiación del nombre del padre. Los hombres olvidamos citar el nombre de nuestros padres, nos olvidamos de nuestros maestros. No hablo sólo de una discriminación respecto al sexo, es una discriminación cultural. La cultura nos exige mostrar una faceta heroica del Super-yo o del ego. Nos olvidamos de rendir honores a nuestros padres, indistintamente, madre o padre. Y esperamos que el individualismo a ultranza nos cure de todos nuestros pecados y males. Pero no podemos vivir tampoco sin lazos que nos unan a una familia. Tal vez nuestros antepasados en la Mesopotamia en eso eran más cultos que nosotros.

—La madre es también la depositaria de la memoria —aduce Ingrid respondiendo a Hilmar—. Para ello está la diosa Mnemosine griega, es la Madre de las musas, pero es también la madre de la memoria. Las mujeres son siempre las que llevan el cortejo fúnebre, las que están al lado de la persona que ha fallecido, y que recuerdan los hechos vivos y traen la memoria de la familia. No nos olvidemos de esta importante función que tienen las mujeres en la sociedad, también actualmente, porque pesa en nosotras que siempre hacemos el papel de mediadoras, que vivimos más la relación con el cuerpo y con los seres que queremos.

—¿Será cuestión de paciencia? ¿Tenemos el deber de ser pacientes ante las decisiones que se toman en nuestro lugar? —dice Hilmar, dando un giro a su pensamiento—. Hoy día el discurso está cambiando entre los hombres mismos.

—En realidad estamos asistiendo a una modificación del uso de la lengua por parte de ciertos filósofos que están volviendo al origen de su cultura —reconoce Ingrid con una sonrisa en la boca—. Pero comamos los deliciosos platos que tenemos en la mesa porque la cena se va a enfriar. Y tenemos cordero y sopa, todo está delicioso. Y la ensalada y las verduras que acompañan.

CAPÍTULO 21

El espíritu de la época antigua se relacionaba con aquel de la antigua comedia, también llamada farsa, de los tiempos pasados, sobre todo, de la dramaturgia griega, de forma que el suceso parecía estar ausente de la historia de la humanidad, que aquel periodo de la ginococracia no existía sólo porque no queríamos conocerlo. Durante tales épocas, nuestra raza había pasado el control más sangriento. En efecto, muchas tradiciones son tratadas por nuestros contemporáneos solamente como farsas estúpidas de los tiempos pasados, porque con mucha frecuencia faltaba la clave para su comprensión, la familiaridad con sus ideas, y lo que es peor, el amor a la Antigüedad, incluso, en grandes eruditos.

Teseo ante el Minotauro, en la época ya griega, hace avanzar el mismo principio al que Belerofonte había abierto el camino, y que tenía sus exponentes en Perseo, Aquiles y Heracles. En la base de todas estas leyendas subyace la misma concepción: el logro de una condición superior del hombre y del Estado se basa en la superación del derecho materno. Los mismos héroes que destruyen a las brutales fuerzas telúricas aparecen también como benefactores y protectores de la humanidad y serán quienes destruyan al amazonismo. Todavía mucho más significativo es el hecho de que Atenea escoja como sede del tribunal no el Delfinio, sino el lugar en el que acamparon las Amazonas, la colina de Ares, a cuyos pies, justamente en ese lugar, la absolución de Orestes fue decretada por el primer tribunal de sangre, y anuncia así, de este modo, el final del derecho materno o de las Erinias que vengan a la madre.

“¿Qué más prueba se puede tener del matriarcado que ésta?”, se pregunta Ingrid en la soledad de su habitación.

La sede del antiguo derecho era ahora utilizada por el nuevo, o bien, dado que las dos concepciones jurídicas hallan sus raíces en dos concepciones religiosas diferentes, podría también decirse que la sede del antiguo culto ctónico servirá ahora al nuevo culto. Atenea, la diosa que carece de madre, se inclina a todo lo que es masculino, tal y como la define Esquilo y Euménides, e instituye el Areópago sobre el lugar ocupado por las Amazonas, que vivían sin hombres y eran enemigas de éstos. Lo que antes servía a la antigua religión será ahora consagrado a la nueva. La religión cristiana también ha practicado su nuevo culto divino preferentemente en lugares de culto pagano y directamente incluso en los templos paganos y con objeto de cultos paganos. Lo que había servido a los falsos dioses debería contribuir ahora a la glorificación del único dios verdadero, tal.

Pero de Esquilo todavía pueden recabarse más enseñanzas acerca de este tema que tanto intriga a Ingrid. La contraposición entre el derecho paterno y el derecho materno es expresada por Esquilo también bajo otro aspecto. El nuevo derecho es el derecho celeste del Zeus Olímpico. El hecho de que el derecho antiguo provenga del olímpico es proclamado por Orestes, que inmediatamente tras su absolución, gracias a la intervención de Atenea, pronuncia las siguientes palabras:

“¡Oh Palas, salvadora de mi casa. Despojado de la tierra de mis padres, tú me has devuelto a ella!” Y alguien de entre los helenos dirá: “¡He aquí que este hombre vuelve a ser ciudadano de

Argos y habita en las posesiones paternas gracias a Palas y Loxias! Y gracias al supremo árbitro, al dios salvador, que compadeciéndose del destino de mi padre me ha salvado, ante estas defensoras de la causa de mi madre”.

Poco a poco vemos como se van trazando los lazos que unen a unas civilizaciones con otras, era una cosa admirable, que estaba ahí en la historia de los grandes pueblos y civilizaciones. Por mucho que se destruyera una cultura, siempre permanecía un sentido de la incorporación de las antiguas técnicas, había muchos vasos comunicantes que quedaban conectados unos con otros, no todo se perdía en el limbo de la desesperación.

Al principio, cuando se respetaba el principio demetrio del derecho materno, como ha estudiado Bachofen, antiguamente, las Amazonas eran mujeres guerreras pero eran mujeres así porque intentaban liberarse de la dominación y el envilecimiento sexual masculino a que se las sometía, de ahí derivó en un derecho materno o principio demetrio, basado en la maternidad y en la exclusividad matrimonial. Ya no existía la mujer hetaira, aunque podía existir para algunos ritos iniciáticos, la mujer que se iniciaba en varias relaciones con varios hombres; pero, de esta manera, ahora la mujer era la que heredaba todos los bienes de su familia, pues el hombre sólo estaba interesado en la caza y en el juego, y éste solo tenía como propiedad un arco, y eso era todo. En estas sociedades los derechos se transmitían de las mujeres a sus hijas, y ellas eran las que buscaban esposas a sus hermanos. Claro que eran sociedades muy primitivas, pero donde ya se ve un esfuerzo por espiritualizar el principio telúrico material de la vida. Que después triunfará con el principio paterno, pero porque es la propia mujer la que consiente y condesciende ante el hombre, por admiración hacia él y su valor. Como condesciende Palas Ateneas ante el juicio de Orestes y le perdona la vida, por haber matado al amante de su madre, y también a su madre Clitemnestra, al defender a su padre, Agamenón, asesinado por Egisto, el amante de ella. Entonces es perseguido por las Erinias que vengan el derecho de sangre de las madres, pero Orestes dice que respondió a un mandato de Apolo al vengar a su padre, lo que hace que Atenea finalmente le perdone y lo declare inocente.

Con todo ello, y con el estudio de la obra de Esquilo, tal como las “Euménides”, lo que estábamos asistiendo era a una modificación del uso de la lengua por parte de ciertos filósofos que estaban volviendo al origen de su cultura. Así Nietzsche, Heidegger (y antes Hegel) cuestionan sus fundamentos griegos y religiosos, y Derrida cuestiona la relación con los textos del antiguo testamento. Este gesto va unido al recurso a un estilo próximo al de la tragedia, al de la poesía, al de los diálogos platónicos, y a la expresión de los mitos, parábolas o actos religiosos. Es una vuelta hacia el momento en que la identidad masculina renace de otra manera, pero termina constituyéndose paulatinamente como patriarcal y como falocrática. Todos estos filósofos —salvo Heidegger— se interesan expresamente por la identidad femenina, en su identidad como mujer y como femineidad.

CAPÍTULO 22

Según la historia homérica Orestes estaba ausente de Micenas cuando su padre volvió de la Guerra de Troya y fue asesinado por el amante de su esposa, Egisto. Ocho años después Orestes volvió de Atenas y vengó la muerte de su padre asesinando al amante de su madre. Según Píndaro, Orestes fue salvado por su niñera Arsínoe o su hermana Electra, que le sacó del país cuando Clitemnestra quería matarle. Huyó a Fanote en el monte Parnaso, donde el rey Estrofió se hizo cargo de él.

Este crimen le es perdonado a Orestes por las furias y por Atenea.

En las Euménides de Esquilo, tras la venganza, a veces con la ayuda de Electra, Orestes enloquece y es perseguido por las Erinias, que no hacen lo mismo con Electra, cuyo deber es castigar cualquier violación de los lazos de piedad familiar y, sobre todo, de piedad con la madre y su derecho de sangre matrilineal. Según Esquilo, Orestes se encontró con su hermana Electra ante la tumba de Agamenón, donde ambos habían ido a rendir honores al difunto; se reconocieron y planearon cómo Orestes llevaría a cabo su venganza. Orestes se refugia en el templo de Delfos, pero a pesar de que Apolo le había ordenado llevar a cabo su venganza, éste no es capaz de proteger a Orestes de sus consecuencias. Finalmente, Atenea le recibe en la acrópolis de Atenas y organiza un juicio formal del caso ante el Areópago, un tribunal formado por doce jueces áticos. Las Erinias exigen su víctima, Orestes alega las órdenes de Apolo, los votos de los jueces quedan divididos equitativamente y Atenea le declara inocente con su voto decisivo. Las Erinias son apaciguadas con un nuevo ritual en el que son adoradas como Euménides y Orestes dedica un altar a Atenea Areia.

Esta es la historia de la Orestíada y es tan importante considerarla aquí, porque Ingrid deposita en ella toda su confianza.

Orestes es el mortal lleno de culpa al que purifican de su pecado por la gracia de los dioses, cuya misericordiosa justicia se muestra a todas las personas cuyo crimen sea mitigado por circunstancias atenuantes. Los implacables lazos de sangre de la sociedad primitiva dan lugar a un juicio justo y, en Atenas, cuando los votos de los jueces están divididos equitativamente, prevalece la compasión.

Estas leyendas están presentes tanto en Grecia y en Asia, y se sabe del poder matriarcal de las Erinias, que son las Furias que vengan el principio materno.

Pero en este caso, el de Orestes, el derecho materno da un paso más allá y condesciende al derecho paterno. Es una muestra de tolerancia infinita. Quizás representa un cambio histórico del orden del matriarcado al patriarcado reflejado de este modo sin igual. Pero es un cambio tolerado así por la diosa Atenea. Ella encabeza esta tolerancia y condescendencia ante el hombre.

La propia mujer reconoce la validez superior del derecho del hombre. En la figura de Atenea la maternidad material aparece sublimada en una espiritualidad liberada del lazo con la madre. También ella, como la sacerdotisa Dodona, ha sido purificada mediante la luz de las escorias de la materia y elevada al nivel superior representado por el principio masculino de la divinidad. El antiguo derecho telúrico de las Erinias ha sido infringido, las sanguinarias madres telúricas se

pliegan espontáneamente a la nueva ley, contentas de haber sido liberadas de su horrible deber. Lo mismo le ocurre a la sacerdotisa Dodona. A través de Apolo se lleva a cabo la expiación de Orestes, a través del dios masculino se limpia la mancha del matricidio.

Ingrid pone toda su esperanza en esta historia, en esta historia se concluye la base histórica que prueba que el matriarcado existió y que un reino de las diosas madres existió, y que fue progresivamente avanzando por evolución hacia otro orden, un orden distinguido por la justicia y la tolerancia hacia el otro género. Aquí están todas las ramificaciones mágicas con sus poderes divinos, y ahora también a ella, a Ingrid, le gustaría aparecer tolerante y sentirse como una mujer condescendiente y justa, como la diosa del ateneo.

CAPÍTULO 23

—Pero ¿dónde está la magia que tiene el poder femenino? —piensa Ingrid—. Porque no puedo concentrarme así, ni verlo claramente, cuando tantas religiones y tantos dioses vienen a mi mente.

—Las Erinias son las potencias que dominan las profundidades de la tierra. Hijas de la noche, crearon a todos los seres que viven en el oscuro seno de la materia, toda la vegetación que crece sobre la tierra fue generada por ellas. Ellas alimentan hombres y animales y hacen crecer el fruto del cuerpo materno. Si se enfurecen, todo pelagra, todo perece, los frutos de la tierra, al igual que los nacidos de los hombres y los animales. A ellas se les ofrecen las primicias del suelo para la salud de los hijos y la prosperidad de los matrimonios. Por el momento, las propias Erinias se pronuncian así en Esquilo:

“¡Que no sople jamás un viento funesto para nuestros árboles —os anuncio mis favores—, que los ardores que agostan las yemas de las plantas no traspasen las fronteras del país, y que el triste mal que hace morir las espigas no se arrastre hasta aquí! ¡Que la tierra críe fecundas ovejas, madre cada cual de dos corderos en el tiempo justo y que el producto extraído de la tierra, regalo de Hermes, haga siempre honor al feliz presente de los dioses!”

Ingrid regresa a los trémulos senderos de su sueño. Ahora terrenal, ahora lumínico. Porque la fuerza estelar de Ishtar es el principio superior de la luz, de la estrella, cuya incorpórea fuerza despierta desde lo alto en la corpórea tierra el núcleo de la vida. Se trata de vencer el principio telúrico. Y en la diosa sumeria todo está sostenido al mismo tiempo en un único principio sin contraposición. Esto es lo que hace grande la cultura sumeria. Frente a lo que después será la cultura helenística y el principio de separación de ambos núcleos genealógicos.

Pero el principio natural femenino es el más antiguo y sólo posteriormente el principio masculino entró en conflicto con él, conflicto del que los hombres salieron victoriosos.

La noche se halla asimilada al principio materno y material. Y ambos se contraponen al principio paterno y al día, que se conjugan con el principio de la luz. El día nace de la noche como el hijo del cuerpo de la madre y como la encina de Zeus de la tierra. La madre es la entidad originaria, entra a formar parte del mundo invisible antes del hombre generador, que opera invisible en la profundidad de la tierra y que sólo en el hijo se manifiesta en su visible exterioridad.

En Dodona Dione-Venus el principio materno domina la naturaleza: su símbolo es la paloma de Afrodita. Las sacerdotisas que llevan el nombre de este animal (al igual que otras abejas y osas se congregan en otras partes en torno a análogas Madres-Naturaleza) preparan el culto y comunican los secretos revelados por la divinidad, del mismo modo que la tierra en el acto generador muestra la existencia de una fuerza creadora y el misterio de la generación que se realiza en su oscuro seno.

Atenea no es en lo fundamental menos material que las Erinias. Ella era venerada tanto en el Metroon de Atenas como en la Elide como madre, como causa de toda generación material, como Gygaia Agriska théa (así define Licofrón a Atenea Ilia) y al igual que Artemis, su forma espiritual más elevada se halla despojada de todo residuo material y nace sin mediación materna de la

cabeza del gran Zeus, representa al ser eterno puramente espiritual, del que el mismo Esquilo dice que se contempla a sí mismo sin estar subordinado a nadie, y del que todo dimana, del mismo modo que la palabra sale de la boca. El derecho materno del mito referido por Varrón es solamente el de la primera Atenea material, venerada como madre en el Metroon, la posterior Atenea puramente espiritual, tal y como la representa Esquilo y como la concibe la religión helénica desarrollada, representa al derecho paterno, que surge a partir de este fundamento espiritual.

En esta contraposición final el derecho materno es el derecho de la vida material, el derecho de la tierra, del que la vida toma sus orígenes. Por el contrario, el derecho paterno es el derecho de nuestra naturaleza inmaterial e incorpórea. El primero de ellos es el derecho de las divinidades que habitan en las oscuras profundidades de la tierra, el segundo es el derecho del olímpico que truena muy por encima de la tierra, a la altura del Sol. El primero es el derecho físico, el segundo el metafísico. A nivel de su máximo desarrollo tanto Apolo como Atenea poseen una naturaleza metafísica: Atenea carece de madre, sale completa de la cabeza del olímpico, es decir, de la sede del más elevado intelecto divino, al igual que la palabra sale de la boca, según nos dice Esquilo, en las Suplicantes.

Pero hay que entender que lo más importante al principio era la Ley de la Madre-Tierra. Y por ella estamos aquí, precisamente, por la Madre-Tierra inmortal. La Erinnia es la propia tierra, es la gran madre de toda la vida terrena, es la materia materna. Y con ella se identifica la mujer, que ocupa su misma posición y cumple la misma función que la tierra. Cuando el derecho de la Madre es ultrajado, el orden de las cosas, el derecho de la naturaleza, y el más elevado derecho divino de esa época es sacudido en sus cimientos. La madre humana se une a la madre divina, al alma de la tierra, a la que pertenece y a la que ha representado en vida.

Ingrid descubre, en la soledad de su habitación, la lisura de sus cabellos femeninos graciosamente recogidos, la delicadeza de su rostro, el cuello que la sostiene como un tallo a una flor, el cuerpo maduro pero exquisitamente formado, con senos apuntando bajo su blusa y sus caderas ostensibles.

Aquella noche ella había celebrado los ritos vespertinos del culto a la diosa, con plegarias, genuflexiones y se creyó poseída por Ishtar. Y en su sueño había un mago, que la alentaba aún más en su hálito vespertino, que era Hilmar. Ese hombre había dejado una profunda huella en ella. Había comprobado su fortaleza, el sacrificio de su trabajo. Sus días que se llenaban por completo con la brisa perfumada de las hierbas aromáticas que inundaban el Tigris y la comida con todos sus sabores que habían compartido. Sus ojos tan extraños y fijos. Y era un hombre tan moderno, tan actual. Había algo que no encajaba en él, en ese momento, en ese lugar. Ella se quitó la blusa y miró sus grandes pezones en el espejo de la cómoda. Y se dijo: “Él sabe amar. ¿Y yo, sabré amar todavía?” ¡Oh, Afrodita, diosa! La asaltó su piel suave, morbosa, por más que atractiva, los senos puntiagudos, salientes, su vientre que quería salir. Experimentó un estremecimiento sobre las sábanas. “¡Oh, Ishtar, me tienta tu poder! Nunca he amado. Quiero seguir tus pasos. Y no sé si estoy dispuesta ahora en el camino”. Se sintió poseída y purificada por un ardor dentro de ella que ansiaba la penetración, como se clavaba un puñal. “Tengo miedo de hablar así”. Ella sigue creyendo que el navegante quiere pisar esa tierra, que sus senos vierten un zumo rosado que él quiere beber. Ahora se siente más libre que nunca.

CAPÍTULO 24

Ingrid escucha con halago todo lo que su compañero parece comunicarle y abre los ojos con un brillo inquietante. Se le humedecen sus ojos celestes expuestos a la luz del sol. Lleva puesto un vestido de color gris, entallado y largo. Sabe que en Irak las mujeres no deben llevar vestidos cortos, ni tampoco demasiado ajustados, ni con escote. Cierta penumbra cubre el rincón donde está sentado Hilmar que la mira sosegadamente pero cautivado por su belleza. Han prescindido de sus individualidades peculiares. Se tutean como amigos. Y ese hotel aparece para ellos como un sagrado recinto donde poder tener una conversación íntima, sin que les observen miradas sospechosas o conocidas. Hilmar mantiene la mirada fija con sus ojos azules grises, extrañamente inexpresivos. Parece como si ése lugar le hubiera convertido en un hombre circunspecto y hosco. Pero sus oscuros ojos arden de admiración por Ingrid. Y ella también se interesa algo más por su vida.

Ingrid se muestra reconfortada y se reclina cómodamente en su asiento. Han pedido el postre y un café para concluir la comida. Y se dirige a él como su colaborador en aquel proyecto:

—Y ¿cuánto tiempo llevas en Irak? Porque parece que sabes mucho de la actualidad y de la realidad de aquí.

—Prácticamente desde 2011 cuando se anunció por las fuerzas armadas estadounidenses que se retirarían y se dio por finalizada la guerra.

—Pero todavía no me has dicho nada de tu trabajo. Estoy verdaderamente interesada en él, para comprender la evolución de la lingüística desde sus orígenes primitivos en la civilización. Tiene que ser un trabajo fascinante, poder descifrar esos símbolos o signos originales desde la propia visión que te da el poder tenerlos en tus propias manos.

—Bueno, tú sabes que la escritura cuneiforme fue adoptada por otras lenguas, como la acadia. Efectivamente, la acadia, elamita, hitita y luvita, e inspiró a los alfabetos del antiguo persa y el ugarítico. El sumerio era una lengua aglutinante. En un principio la escritura a base de pictogramas no era adecuada para escribir conceptos abstractos, los verbos y sus tiempos, los pronombres, etc. Por ello, se comenzaron a utilizar ciertos símbolos con valor fonético silábico. Con el paso del tiempo, aplicando similitudes fonéticas de símbolos, se creó un corpus silábico, usado preferentemente para expresar ciertos elementos gramaticales de tiempo y espacio y conceptos abstractos.

—La inscripción de Behistún, en un acantilado en Behistún en Persia, para el descifrado de la escritura cuneiforme es equivalente a la de la piedra de Rosetta para el descifrado de los jeroglíficos egipcios, según dicen —expresa Ingrid en tono de erudición.

—Sí, así es. Para este descifrado, en el idioma sumerio cada palabra equivale a un signo, mientras que ese mismo signo podía ser una sílaba en el neobabilónico, que es un primer paso hacia el sistema de letras latino. El código de Hammurabi, sin duda, es la obra que ha tenido más investigación y estudio por su perfección y herramienta de indudable valor político y jurídico social.

Ingrid asiente con la cabeza que se refleja al trasluz de un jarro de agua. Con sus labios hace una melancólica expresión. Pero intenta sacar el tema que está aflorando entre ellos y que mantiene al corazón de Hilmar oprimido durante esos días:

—Y ¿qué has pensado hacer?, ¿volver a tu anterior trabajo o seguir en éste?

—Creo que volver a mi anterior trabajo está difícil en estos momentos. Yo estaba trabajando antes en el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York. Evidentemente estaba muy bien tratado allí, pero los incentivos laborales que me dieron aquí me supuso también mejorar. Por supuesto, puedo volver pero debo completar un compromiso de permanencia que tengo con el gobierno de los Estados Unidos. Y tiene que ser así.

Hilmar también se interesa por ella:

—Y cuéntame: ¿Por qué tu labor investigadora ha derivado y te ha llevado hasta aquí? ¿Piensas que es tan importante conocer el mundo de la antigüedad para poder conectarlo con el mundo en el que vivimos actualmente?

—Tuve una fase muy crítica en mi trabajo que estaba dirigida a una filosofía y una cultura específica, una cultura monosubjetiva, monosexualizada, patriarcal y falocrática. Intenté definir algunas características del sujeto femenino, características que eran necesarias para afirmarlo como tal, por temor de que pudiera sucumbir una vez más en la indiferenciación, en la subordinación a un sujeto único. Una de las dimensiones más importantes era esta asistencia al devenir del propio sujeto femenino, y de mi propio devenir, para escapar de un poder genealógico único. Y era tanto como afirmar: “Nací de hombre y de mujer, y la autoridad genealógica pertenece tanto al hombre como a la mujer”. Era así necesario recuperar las genealogías femeninas del olvido, no para reprimir pura y simplemente la existencia del padre, en un tipo de inversión caro a los últimos métodos filosóficos, sino para volver a la realidad del dos. Pero es verdad que lleva tiempo reencontrar y restablecer este dos, y que no puede ser el trabajo de una única mujer. Esa dimensión del poder genealógico femenino nos la daba Ishtar, la diosa, y, por eso, me entregué tanto a este trabajo.

Ingrid sorbe un poco de café y continúa explicando sus argumentos. Su rostro lunar, de ojos azules, vacío, forma una unidad de rostro con los blancos pétalos depositados en el cuenco de agua.

—Aparte del retorno y de la reconciliación con las genealogías, es decir, con las genealogías femeninas —que todavía está muy lejos— era necesario dotar a la mujer, a las mujeres, de un lenguaje, de imágenes y de representaciones que les resulten apropiadas en su nivel cultural, y aún en un nivel religioso. Dios es el gran cómplice del sujeto filosófico. Comencé a trabajar en esto. Escribí varios trabajos que se publicaron en la revista de la Universidad. En esos trabajos discutí las particularidades del mundo femenino, un mundo diferente al del hombre, con respecto al lenguaje, con respecto al cuerpo (la edad, la salud, la belleza, y por supuesto, la maternidad), con respecto al trabajo, con respecto a la naturaleza y al mundo de la cultura.

Hilmar la miraba con respeto y sorpresa.

—Dos ejemplos: Primero, intenté mostrar que el desarrollo de la vida es diferente para la mujer que para el hombre, ya que para las mujeres está constituido por estadios físicos mucho más pronunciados (pubertad, pérdida de la virginidad, maternidad, menopausia) y requiere un devenir subjetivo que es mucho más complejo que el del hombre. Segundo, en lo que se refiere al trabajo, muestro que la justicia socio-económica no consiste meramente en poner en práctica una regla —“igual pago por igual trabajo”—, sino también en el respeto y la valorización de las mujeres en

términos de elección de los fines y los medios de producción, de cualificación profesional, de relaciones en el lugar de trabajo, de reconocimiento social del trabajo, etc.

Incluso los fríos ojos de Ingrid hacían llamear a cualquiera que la escuchara hablar con su voz melosa y templada. El pulso le latía con tal fuerza en la frente que, detrás de sus ojos, algo latía, subía y bajaba como mariposas y parecían árboles que saltaban. En este universo nada había fijo, nada enraizado. Todo se ondulaba, todo bailaba, todo era agilidad y triunfo. Ingrid comprendió que había hablado demasiado y quizá pronto tendría que ensayar las palabras que estaban en el aire, por su inminencia, por tener que despedirse de ese lugar.

CAPÍTULO 25

—Y ¿qué es lo que tú crees o qué piensas —pregunta Ingrid a su acompañante, Hilmar, durante la velada vespertina— acerca de la posible existencia de un matriarcado o un reino femenino?

—Sobre la historia del matriarcado se cuentan muchas cosas. Yo me ciño a mi especialidad como lingüista de las lenguas antiguas, y hemos descifrado algunas cosas que contienen costumbres y hábitos o rituales de aquellas sociedades. En general, se sospecha que las mujeres eran más maduras, quizá más dominantes... Lo que hoy llamamos femenino era para ellas un defecto, ha habido tiempos en que los dos sexos eran, a la vez, pacíficos y femeninos, pero también destructivos y masculinos. No creo que nosotros hayamos nacido en el mejor momento, ni en el más natural. Quizá porque hoy nuestros problemas son individuales, porque cada uno o cada una son un caso singular que cada uno o cada una tiene que resolver. Hasta hubo una época en que los hombres eran sensibles y delicados como mujeres, primorosos y desconfiados entre ellos; engalanados y presumidos, con largas melenas rizadas, muy dados a conversar junto al fuego en invierno y a reír de cualquier cosa. Herodoto visitó Egipto y cuenta acerca de los habitantes del Nilo el que eran las mujeres las que compraban y vendían en el mercado, mientras que los hombres tejían en las casas. Las mujeres transportaban las cargas sobre los hombros; los hombres en la cabeza. Ellas orinaban de pie; ellos sentados o en cuclillas. Quiero decir entonces que hoy hemos inventado el psicoanálisis. O quizá algo peor: nos hemos enfrentado los unos y las otras.

—Efectivamente existieron las mujeres Amazonas. Eran mujeres muy fuertes. De hecho era un sexo que destacaba por sí mismo, como una representación de sí mismo.

—Sí, están las Amazonas y las Danaides. Las Danaides aparecen con la grandeza heroica de las Amazonas, y defienden el derecho a su poder, y no prestan oído a ninguna consideración de ternura; nunca deben ser tiernas, y prefieren ser llamadas sanguinarias y terribles a amables y cariñosas. También en esto subyace un aspecto de la naturaleza femenina que es razonable en aquella época, pero que sólo puede estar claro en el período de la ginecocracia más acabada.

—Sí, se cuenta que de Clemente de Alejandría se han conservado dos versos, en los que narra la historia de cincuenta doncellas que se arman a orillas del Nilo. Y en Esquilo, el dramaturgo griego, aparece el rey Pelasgo, que se asombra del extraño carácter de estas mujeres, y dice: “Si llevaseis arcos, os hubiera tomado por Amazonas sin marido, comedoras de carne cruda”.

—Sí, es cierto, ésa es la realidad de su crudeza.

—Las guerreras femeninas —sigue Ingrid hablando con sabiduría— aparecen con preferencia como arqueras, especialmente en los vasos, como los que se conservan en los Museos Británico y de Karlsruhe. Este carácter aparece en su máximo nivel en las sangrientas nupcias de las Danaides, justamente del mismo modo que el amazonismo de las Lemnias se muestra en el asesinato de los hombres. Tanto un crimen como el otro están dentro del espíritu de la antigua ginecocracia.

—En efecto, historicidad y exactitud son dos cosas distintas. Hay que tener cuidado con ello. Pues los relatos de los tiempos pasados pueden no tener esto último, exactitud. Se deben medir con su propia escala. Ningún detalle de la gran lucha con la que Hera buscaba castigar el crimen

sacrílego de Io en sus descendientes tiene más pretensiones de crédito que otro. Pero la clave del suceso, la lucha por el poder entre familias emparentadas a causa de la preferencia del linaje femenino o masculino no es ningún mito, sino un acontecimiento del género humano real, verosímil, sucedido más de una vez en condiciones semejantes.

Aquella noche terminaron así la conversación, volviendo a disfrutar de la compañía del otro hasta la caída de la tarde, pero nadie se atrevió a sugerir una posible continuación de aquel reencuentro. Ambos temían la despedida y, al mismo tiempo, tener que afrontar la realidad de sus decisiones y sus circunstancias.

CAPÍTULO 26

Ingrid, algo consternada pero entusiasmada al mismo tiempo, soñaba con ver caballos con jinetes fantasmales, y que atronaran el aire con sus cascos a su espalda y que se detuvieran bruscamente. Aquella conversación sobre las Amazonas y las Danaides le había causado verdadera mella.

Soñaba con otros mundos, con arrojarse al suelo, como una dama del Nilo, en la orilla del río y ver el pez entrando y saliendo de los manojos de plantas acuáticas. Las agujas de las raíces de los tallos dejarían huellas en las palmas de sus manos. Y pensaba en los misterios de la antigüedad y en continuar así con una vida más apegada a la naturaleza. Quería dar, quería recibir, y quería la soledad en la que desplegar todo lo que tenía.

Aún podía pensar y hacer las distinciones y las categorías de género que ella creía pertinentes. Y luego las justificaría de acuerdo con nuestra evolución y nuestra cultura.

El sujeto femenino favorecía así una relación con el otro género, que es algo que el sujeto masculino no hacía.

La mujer está destinada más que el hombre a la relación de dos. Favorece más la mediación entre dos. Esta preferencia por un sujeto masculino compañero de diálogo demuestra por una parte alienación cultural, pero también señala otros varios aspectos del sujeto femenino. La mujer conoce al otro género mejor que el hombre: ella lo engendra en sí misma, ella lo cuida desde el nacimiento, lo alimenta de su propio cuerpo, lo experimenta en ella en el amor. Su relación con la trascendencia del otro es, en consecuencia, diferente de lo que es experimentado por el hombre. Él siempre se mantiene exterior a sí mismo, siempre se inscribe en el misterio y la ambivalencia del origen, materna o paterna. La mujer tiene una relación con el hombre vinculada más estrechamente a la comunicación carnal, a una experiencia sensible, a una vivencia inmanente.

Sin duda, ella experimenta la alteridad del otro a través de su comportamiento extraño, de su resistencia a sus sueños, a sus deseos.

Pero ella debe construir esta trascendencia dentro de la horizontalidad misma, en una vida compartida que respeta absolutamente al otro como otro, y más allá de todas las intuiciones, sensaciones, experiencias o conocimientos que ella pueda tener de él. Su gusto por el diálogo podría terminar haciendo al otro como el único ser que cuenta, en un gesto reductivo con ella. Por lo que ella debería construir la trascendencia del otro, como tal, como otro, como irreductibilidad con respecto a ella: a través de fusión, contigüidad, empatía, imitación.

Ella había tratado de indicar un camino hacia esta construcción de la trascendencia del otro. Y es lo que hacía que permitiese también la individualidad de ella, en su devenir subjetivo.

Desgraciadamente nuestras culturas estaban habituadas a destruir todo lo concerniente a la vida en sus conquistas. Una forma de salir de esta atmósfera cultural consiste ciertamente en educar de forma distinta. Respetar esos usos culturales que a menudo responden a la más elemental cortesía, en el lenguaje, en los valores, no perjudicaría a la economía masculina.

Es necesario que se cree una representación subjetiva de su autoafección, de la autoafección

femenina, otorgándonos un valor afectivo hacia nosotras. La autoafección y la representación del cuerpo propio, sin implicación de imágenes sexistas, sino afectivas entre nosotras, ayudaría a la identidad femenina frente a la identidad querida por los sistemas de intercambio económico y productivos, que son los que lo modulan todo con su lógica del dinero.

El derecho a la vida de las mujeres exige que afirmemos su subjetividad. Sorprende que los hombres dependientes de las mujeres durante su infancia y vivos gracias a esa dependencia se permitan trastocar así las cosas. Los hombres se apresuran a reconocer que ser madres es dedicarse a cosas materiales y no espirituales. En un increíble gesto de desconfianza las mujeres se han hecho sospechosas de negarse a preservar la vida el día en que adquieran el derecho a ser ellas mismas. Todo esto entorpece mucho la evolución y el progreso que necesitan para poder apropiarse de sus vidas.

Había unos tallos en flor sobre la mesa que punteaban la profundidad del blanco y que formaban pétalos en forma de arlequines. Ingrid se encontraba sentada en la cama de su habitación, alojada en un rincón íntimo. El sol del naciente día proyectaba anchas franjas que penetraban por la gran ventana. La luz tocaba un candelabro dorado y lo convertía en un enorme bulto de oro fino.

CAPÍTULO 27

“Lo peor de todo son las violaciones, secuestros, muertes y explotación de niños. Y el abuso del lenguaje que lleva a todo ello. Yo soy partidaria de la labor de educar, pero educar, sobre todo, en el lenguaje. Para mí es la clave de todo”.

“La regulación del abuso del cuerpo femenino con fines publicitarios o pornográficos, la discriminación en la definición y el uso sexista del cuerpo, ¿qué te parece todo ello? El uso sexista de las imágenes y del lenguaje. Hay un diferente culto a la imagen de la mujer hoy en día. Y se sigue discriminando por el sexo”.

Ingrid había escrito aquella mañana un correo electrónico a su amigo Ottfried para anunciarle su pronta llegada a Berlín.

“Donde el cuerpo femenino engendra en el respeto de la diferencia y hay una evidencia clara en el culto a la relación madre-hijo que muestra la tolerancia femenina. Creo que vamos avanzando gracias a tolerancias de ambos géneros. Pero específicamente ha sido la mujer la que más ha tolerado. La sociedad patriarcal nos excluye y mucho más en el mundo islam. Pero también en el mundo occidental, cuando llegamos a las empresas y a las instituciones en sus organigramas de trabajo”.

“Querido Ottfried, me alegra pensar que pronto estaremos juntos. Las vivencias junto al ejército norteamericano han sido correctas y, en todo momento, nos han ayudado. Pero aún quiero visitar la Puerta de Ishtar en la ciudad babilónica, donde se están llevando las últimas actividades de rehabilitación de hallazgos. Es muy importante para mí estrechar estas relaciones y ser testigo de primera mano”.

“Las dificultades de las mujeres para lograr que se reconozcan sus derechos sociales y políticos se basan en una relación entre biología y cultura, sobre la que nunca se había pensado lo suficiente. Rechazar hoy día toda explicación de tipo biológico —porque la biología paradójicamente, había servido para explotar a las mujeres— era negar la clave interpretativa de la explotación misma. Ello significaba también mantenerse en la ingenuidad cultural que se remonta al establecimiento del reino de los dioses-hombres.

Todo aquello que en el pasado había enaltecido a las mujeres, su biología, su fecundidad, ahora era el motivo de su explotación y de su postergación. La afirmación de que hombres y mujeres estaban ahora igualados o en vías de estarlo se había convertido prácticamente en el nuevo opio popular, hombres y mujeres no eran iguales y orientar el progreso en ese sentido podía parecer problemático e ilusorio”.

“Te dejo con todas estas reflexiones, querido amigo”.

“Deseo que lo hayas pasado muy bien en estas fiestas y que hayas avanzado mucho en tu tesis doctoral. Me alegrará saber pronto de ti”.

CAPÍTULO 28

Los babilonios, como antes sumerios y acadios, pensaban que los astros estaban en relación con los dioses y que, por ello, determinaban en buena medida la vida sobre la tierra.

Conocerlos, saber su funcionamiento y prever sus movimientos podía ser, entonces, una manera de evitar las catástrofes y actuar sobre el futuro. Rendir culto a los astros-dioses podía resultar favorable para emprender guerras, procurar buenas cosechas o evitar calamidades.

La posición de los astros podía resultar decisiva a la hora de realizar cualquier acción, por lo que era preciso conocer detalladamente el funcionamiento de las estrellas. A esta observación y a fijar la consecuencia de los astros sobre la vida de los hombres se dedicaron miles y miles de horas, por medio de especialistas que utilizaban complejos cálculos matemáticos y adecuados observatorios, funcionando como tales los zigurats. Importantes observatorios fueron construidos en Nínive y Babilonia, conservándose diversas cartas astrológicas, como las series Enuma, Anu, Enlil y Mulapin.

La observación de las estrellas dio lugar a la elaboración de horóscopos personales, que regían la vida cotidiana de las gentes. También dio paso a un conocimiento más profundo del Sol, la Luna, los planetas y las estrellas fijas, que llevaron a documentar el primer eclipse de Sol —del 15 de junio de 763 a.C.— y de Luna —del 19 de marzo de 721 a.C.— Para los babilonios, el cosmos estaba organizado en siete constelaciones y el año estaba sujeto a 36 grandes estrellas. Nebiru era la más importante de todas, constituyendo el centro del Universo y la sujeción de la bóveda celeste.

Hilmar comunicó a Ingrid su descubrimiento de estos conocimientos, muchos de ellos se encontraban en las tablillas de arcilla que se habían encontrado en las ruinas babilónicas, y que constituían la materia principal del objeto de su trabajo.

CAPÍTULO 29

Museo nacional de Irak, Bagdad, 6 de enero

—Sí, hay muchas estatuillas votivas sumerias —dice admirativamente Ingrid y Hilmar expresa interés en escucharla—. Eran estatuillas que los devotos ofrendaban. Las ciudades sumerias son ciudades templos y por eso van a aparecer estas estatuillas votivas y orantes. En estas obras vemos rasgos de arcaísmo como la ingenuidad de los orantes (manos cruzadas en el pecho en posición impetratoria). También destacamos que la cabeza es enorme en relación con el cuerpo. Tienen dificultad a la hora de representar cómo doblar codos o rodillas. Sus ojos, de forma almendrada, están coloreados con un círculo intenso. Lo que estas estatuas nos muestran es una quietud absoluta y sensación de recogimiento.

—Pero ligado a la religión —abunda Hilmar en sus conocimientos— hay un mundo que en Mesopotamia tuvo un gran auge: la magia, especialmente la relacionada con la observación de los astros, la astrología, de la que los pueblos mesopotámicos van a tener un gran conocimiento que transmitirán a otros pueblos. Los templos van a ser grandes complejos que se van desarrollando a través de las distintas épocas. El rey-sacerdote, que pone la primera piedra de estas construcciones, representa el poder religioso pero también el administrativo y político. Por eso, el Monarca es el que debe construir los templos, y su palacio debe quedar al lado de él, y todo queda cerrado dentro de un mismo recinto amurallado, que tiene tanta importancia en la arquitectura de las ciudades mesopotámicas.

—Pero pese a ser extremadamente importante, la religión en Mesopotamia no tiene un desarrollo artístico tan importante como en Egipto.

—Efectivamente —asiente Hilmar—, así es. No obstante, también creen en espíritus maléficos y demonios, creencia que sí va a influir en el arte pues hay numerosas representaciones artísticas para espantar a estos espíritus ya que, entre otras cosas, creían que estaban relacionados con las enfermedades. Tienen un concepto pesimista y negativo de la vida terrena y de la de ultratumba. Esto explica por qué no existe el mismo culto a los muertos que el que hay en Egipto. Los actos religiosos son muy simples, están basados en la oración y en el cuidado de los dioses, para lo que los sacerdotes van a tener una gran importancia. El rey va a ser la figura favorita de los dioses, hasta tal punto que los reyes van a tomar uno de los atributos de los dioses, los cuernos.

La religión en el mundo Mesopotámico domina todo y permanece más o menos inalterable hasta la conquista musulmana. Está basada, sobre todo, en las fuerzas de la naturaleza que se identifican con los dioses: el dios del agua es Enlil, el del cielo Anu y el de la tierra Enki. Estos dioses poco a poco van tomando forma, primero con símbolos y van a acabar teniendo forma humana. Anu va a ser el dios de los dioses. Posteriormente se van configurando nuevos dioses: la gran diosa Inanna, que más tarde se va a identificar con Ishtar, va a ser la diosa más venerada. Es la diosa de la fertilidad y del amor. Sin será la luna y Shamash el sol.

Se puede inferir su existencia si no de un matriarcado, sí de un reino de las diosas, es decir, de un reino gineocrático.

Los dioses están identificados con los astros, de ahí también la presencia de la astrología en esta cultura tan primordial e importante. Pero del mismo modo las diosas mujeres se relacionan con los astros y las estrellas, lo que indica que ocupan el mismo lugar que los dioses y que los ritos de fertilidad y adoración son los mismos, donde la diosa Ishtar es la protagonista principal con el dios Marduk.

CAPÍTULO 30

Berlín, Universidad de Berlín

Un suave viento con murmullo se alzó sobre el cielo de Berlín. Era la tarde que caía y el frío del invierno que acechaba. Otfried estaba en la universidad. Allí la agitación y las presiones de la vida eran más intensas, la complejidad de las cosas se hacía más inmediata, donde día a día adquiría más fuerza la mera agitación de vivir. Otfried acababa de abandonar la estancia que compartía con otro profesor, y salía a los pasillos con gentes hablando entre ellos, y las losas resonaban a su paso solitario, y miraba a través de un gran ventanal la luna alzándose sublime e indiferente sobre la antigua Universidad. Ahora ve con gran claridad que él no es uno y simple, sino múltiple y complejo. Es anormalmente consciente de sus circunstancias.

El viento racheado de enero rompe el rugido en alternadas erupciones sonoras y silencios, en el amplio claustro desde la puerta de salida. Ahora están quebrando las ramas de un árbol bajo las ventanas de un rojo color de fuego. Y el viento lanza a lo alto torrentes de chispas, en un contraste amortiguado por la luz lunar. Mira hacia fuera las temblorosas hojas del jardín y oye el rugido del tránsito del viento en el crepúsculo. En la oscuridad tiene la impresión de que su cuerpo resplandece.

“Ishtar no es una diosa de la tierra, ni una diosa madre, es una diosa lunar. Tiene una naturaleza celeste, lo que la hace distinta de las grandes diosas madres, radicalmente opuesta, pero por otra parte la complementa. Es el complemento del cielo con la tierra. Es una diosa lunar, sí, sí, así es.

Hay que distinguirla de ser una diosa del matrimonio y de ser una diosa madre. Es hija de Sin, dios de la Luna, y Nannar, la Luna. Inanna es su nombre en sumerio. En Babilonia es Ishtar y Astarté es en fenicio. Esther, en hebreo.

Pero no es una diosa del matrimonio, porque el matrimonio sagrado o la “sacra hierogamia”, que se representaba todos los años en el templo babilónico, no tiene una implicación moral, ni es modelo de matrimonios terrestres. Las sacra hierogamia, sin embargo, es un rito de fertilidad altamente estilizado con tonos litúrgicos. Es un rito de fertilidad, pero esta es también la función de la diosa Ishtar. Tenlo en cuenta.

Hay una inscripción de ella, en que dice: “Una prostituta compasiva soy”. Pero es una poderosa diosa del amor y de la guerra, y sometía a los leones, y llevaba un látigo. Pero aún así lloró por Tammuz, su primer esposo. Y con él tiene lugar el ciclo iniciático de los ritos de Primavera cuando renace junto al ser amado y vuelve de los infiernos del submundo.

Este mito o leyenda de la caída estaría relacionado también con el mito de Persephone en griego o de Proserpina en romano, que habla de que la diosa debe descender al hades o infierno por seis meses para después rejuvenecer en primavera y poder volver a la vida por otros seis meses. Estaría también relacionado con el mito más antiguo egipcio de la diosa Isis, como debes saber. No deja de tener sentido que todo se comunica por vasos comunicantes. Y que lo importante es crear un rito primaveral, de iniciación a la vida y al amor.

Bajo el aspecto guerrero se le rendía culto en Agade y en Sippar, con el nombre de Anunit. También tiene un carácter astral, ya que personifica a varios astros: a Venus, al Sol, la Luna, y a las estrellas reunidas en constelaciones, y se la relaciona con la constelación de Virgo. De ahí deriva la palabra estelar, ella es todo el firmamento lleno de estrellas. Ishtar está asociada con el planeta Venus, como estrella de la mañana, y en las fronteras de Babilonia se la representa mediante una estrella de ocho puntas.

En su aspecto de divinidad amorosa Ishtar es la protectora de las prostitutas y de los amoríos extramaritales, que, por cierto, no tenían connotación especial en Babilonia, ya que el matrimonio era un contrato solemne que perpetuaba la familia como sostén del estado y como generadora de riquezas, pero en el que no se hablaba de amor o de fidelidad amorosa. Al menos, eso es lo que sabemos. Espero que también tú puedas resolver mejor estos acertijos y encrucijadas en que los dioses antiguos nos ponen. Desde luego es sorprendente introducirse en ellos. No me extraña tu fascinación y todo lo que has luchado. Espero que sigas teniendo respuestas y buenas conclusiones a tu trabajo”.

“Cuenta conmigo, a sabiendas de que podemos regresar de vez en cuando a nuestros paraísos perdidos, aún con la conciencia de su pérdida, espero que sigas disfrutando mucho. Lo que debemos de precavernos es de convertir el Paraíso en un infierno, como hizo Dante en su Divina Comedia. Seguimos viajando presos, errantes de la conciencia, pero siempre entre paraíso e infierno ha existido un lugar que el hombre ha llamado el lugar de la Razón.

El problema es que la ciencia se ha provisto sólo del método neopositivista y se ha negado a hablar de todo aquello que implicaba un misterio. Cuando precisamente las cosas más importantes para nosotros son el misterio, la originalidad, la genialidad, el ser subjetivo. La ciencia siempre se ha parado ante el problema que le causa la subjetividad”.

“Estas Navidades han sido como un sueño. Pero los sueños son para mí los reveladores de la verdad por su carga emotiva, porque nos envuelven como en un estado de ánimo. Y quisiera contarte mis inspiraciones, llenarlas, prolongarlas con más y más sueños.

El psicoanálisis pretendió curar con la expulsión del Paraíso y con el estudio del complejo de Edipo, pero más que curar, como pretendía, lo que hizo fue agrandar la herida. Pues el mal no queda inerme si lo expulsamos del Paraíso o si nos separamos del Padre o le matamos. Estos mitos prestaban seducción literaria a los escritos de Freud, pero el Paraíso y la expulsión de él se correspondía con la separación de la madre y del útero materno, y con el encuentro con la instancia social de un tercero. El tercero era el Padre, el lenguaje, la institución y la Ley. Y esta era la forma de adquirir una conciencia moral y adulta.

Pero como en los sueños siempre hay un lugar para el abismo, para el rumor que habita la psique, ahora yo necesito un cierto vacío para sentirme bien y salir a flote. Pero seguimos viajando presos y errantes, como en el viaje de Dante. Te deseo, mi querida amiga, que tengas unos días fructíferos y llenos de anhelantes proyectos.

Afectuosamente”.

Ottfried.

CAPÍTULO 31

Ingrid siente en sus adentros un abismo sin fondo. A veces ella cree que para poder llenarlo tiene que ser con algo muy deseado, pero que, una vez se ha conseguido, se ha agrandado ese abismo. “Así es el hombre”, piensa ella.

Ahora se mira en el espejo y se siente una mujer que se ha vuelto dura. Ahora siente que necesita más del hombre, desearlo a su vez.

“La vida ahora me parece breve, algunos llaman a esa brevedad “peregrinaje”, “viaje”. Parece que estamos aquí para interpretar mal o bien un papel. Los años han ido cayendo encima, la realidad de mis sentimientos ha envejecido también. Siento un vacío de cordura si no hago lo que debo estar haciendo. Yo misma estoy metida en una obligación por devoción. Pero ese interés sólo se mantiene constante cuando se vuelve inasible. Es un sentimiento que, por carecer de un final, podía seguir teniendo siempre un principio”.

Ese sentimiento duradero era distinto de la impresión que a ella le producía el amor. Le parecía que había un sentimiento egoísta en el amor. La necesidad de que alguien nos mire y nos considere distintos de todos los demás. Esa fascinación se convierte en algo que se desvanece. Lo malo es que los momentos duran poco.

Resulta evidente que había algo muy fuerte que la estaba agitando interiormente. Tenía una meta visible y dependía de una posible perspectiva, que estaba por realizarse, y lo que a ella verdaderamente le importaba no era la razón de la meta, sino el hecho de llegar hasta ella. Era precisamente ese continuo “anhelar”, era lo que tardaba tanto en conseguirse, lo que, de verdad, la inducía y le hacía creer en la validez de lo que deseaba. En ese momento ella no tenía en cuenta que en ocasiones los objetivos que se persiguen pueden ser simples espejismos. Su obsesión era que no se diluyera rápidamente el misterio insondable de su vida. Dilatar lo máximo posible el misterio, y el misterio para ella era el misterio de su diosa Ishtar, esa fuerza que la comunicaba con algo sagrado, interior, fértil, vivo. Su obsesión era una obsesión buena, ella pensaba, que no la consumía ni la agotaba. Que no le quitaba precisamente su obsesión.

Aquella noche sería más soportable para Ingrid, las lunas y las auroras, las brisas y las tibiezas del Tigris se modulaban con los fríos del poniente, el ritmo de las paladas barcas del río, los cordajes y el velamen... que era el paisaje que se dibujaba a través de su ventana.

CAPÍTULO 32

Ruinas babilónicas, 8 de enero

Actualmente las ruinas de Babilonia, que fueron parcialmente reconstruidas por Saddam Hussein a finales del siglo XX, se encuentran en la provincia iraquí de Babil, a 110 km del sur de Bagdad. Babilonia fue una antigua ciudad de la Baja Mesopotamia. Ganó su independencia durante la Edad Oscura, tras lo cual se convirtió en capital de un vasto imperio bajo el mandato de Hammurabi (siglo XVIII a. C.). Desde entonces se convirtió en un gran centro político, religioso y cultural. Aún en época helenística, ya despojada de su segundo imperio y caída en desgracia frente a otras grandes ciudades como Persépolis, Alejandro Magno quiso convertirla en su capital.

Babilonia aposentada en el Éufrates cambió su destino por la decadencia cuando las comunicaciones se hicieron más fáciles sobre el Tigris. En el año 312 a. C. se trasladó la capitalidad del imperio Seléucida a Seleucia, aposentada sobre el río Tigris y no sobre el Éufrates, por la rapidez de las nuevas vías comerciales. Los babilonios fueron invitados a mudar sus residencias. Para entonces la ciudad había entrado en franca decadencia, siendo abandonada por la mayoría de sus habitantes poco después. A pesar de ello se les permitió quedarse a los sacerdotes de Bēl (Ba'al, en semítico), relacionados con el templo de Año Nuevo, y la ciudad funcionó como residencia real durante la ocupación persa.

—Babilonia en la transcripción romanizada de la escritura cuneiforme sumeria y transliteralmente significa “Puerta de los dioses o Puerta del dios” —les comenta Hilmar—. Fue traducido al acadio, resultando la forma Bab-ilim, que evolucionó en sus dialectos asirio y babilonio, a partir de la dinastía casita, en una gran variedad de formas, como Bab-ilu y Bab-ilani, de las cuales deriva la forma en antiguo griego Βαβυλών (Bab-ilu-on o Bab-il-on, según textos).

En esos momentos se disponen a entrar por la Puerta de los dioses, pero está algo derruida. La muralla del recinto interior consistía en un doble cinturón defensivo de siete metros de anchura, al que se le añadía un foso conectado con el río que la rodeaba.

—El río jugaba un papel importante en la defensa —argumenta Wilhelm, que también les acompaña esta vez— ya que, además de la utilización de sus aguas para crear los fosos, constituía una barrera natural para el recinto exterior, bordeando uno de sus lados.

—La ciudad estaba cruzada —comenta Hilmar abundando en la información— por canales y una trama viaria en la que destacaba la avenida de las Procesiones, una vía paralela al río que dejaba entre éste y ella misma los principales espacios militares, palaciegos y religiosos de la ciudad, incluyendo los jardines colgantes, el recinto dedicado a Marduk y el palacio real. Al norte se levantaba la Puerta de Ishtar.

Todos escuchan con atención e interés las palabras del investigador americano y se sonríen celebrando la reunión de este encuentro en torno a la Puerta de Ishtar.

—En realidad, la Puerta de Ishtar formaba un abigarrado complejo defensivo y palaciego que incluía la propia puerta, y era más una fortificación en sí que una simple puerta —comenta Hilmar.

—Del Zigurat —sigue Wilhelm hablando— se conserva sólo su planta y resto de tres anchas

escaleras.

—El Zigurat es lo que en la Biblia se representa como la Torre de Babel, ¿no es así? —pregunta Agnes, con el rostro enardecido por la luz del día.

—Exactamente, así es —responde Wilhelm—. Está dedicado a Marduk, la deidad local, y ha sido reiteradamente identificado como la bíblica Torre de Babel. En el año 323 a. C. Alejandro Magno ordenó demolerlo para volver a reconstruirlo enteramente. Su muerte, sin embargo, inhabilitó su reconstrucción. De ahí que sólo nos queden restos. Destacaba en éste la llamada Puerta Sagrada o Puerta Cerrada, que daba directamente a la Avenida de las Procesiones y que sólo se abría durante dos meses al año, con motivo de las procesiones en honor a Marduk.

—Y el Templo de Ishtar de Agadé —arguye Hilmar—, que era uno de los templos dedicados a Ishtar de la ciudad, estaba situado en medio de un área residencial. También se encontraban en este recinto el Templo de Año Nuevo y el templo de Nabu.

—Sí, en efecto —asiente Wilhelm.

—Sí y en el templo de Año Nuevo se celebraba la fiesta de Akitu, equivalente al comienzo del año, en honor de Marduk. La fiesta, que duraba varios días y en la que participaba el propio rey, era considerada de máxima importancia, de modo que su no celebración se registraba con temor en los anales. Aún en el año 205 a. C. Antíoco III el Grande, rey selúcida, participó en las fiestas de Año Nuevo de Babilonia, que es lo más tardío que ya se conoce.

—A partir de entonces ya se pierden las huellas, al parecer, ¿no? —pregunta Ingrid que está escuchando muy atentamente.

—De la fiesta del Akitu parece que ya no se tienen más noticias, lo estudiamos ayer tarde cuando estuvimos investigando sobre la prostitución sagrada y los ceremoniales religiosos —les comentan Agnes y Siegrid.

—Y ¿qué habéis concluido de esos ceremoniales? —les pregunta indagatoriamente Ingrid—. A ver, instruidnos un poco.

—La fiesta del Akitu —dice Agnes— es conocida como la fiesta del “corte de cebada”, o de la “siembra de cebada”, en babilonio, y fue una fiesta de primavera en la Antigua Mesopotamia. Que puede también significar la cabeza o el comienzo del año, con motivo de la siembra de cebada en el otoño y el corte de la cebada en la primavera. La religión babilónica llegó a dedicar esta fiesta a la victoria de Marduk sobre Tiamat.

—Sí, se evoca también el ciclo venidero —dice Siegrid—, en efecto, los dioses determinan el destino de todos los seres, incluidos los humanos, cada vez que se alcanza un Año Nuevo. Se evoca el ciclo del eterno retorno, que tiene analogías en innumerables culturas y que en Babilonia queda reflejado en la fiesta del Akitu. Duraba doce días, comprendiendo complejos rituales.

—Pero aguarda —interrumpe Agnes— que ahora viene lo mejor: En el día décimo el dios Marduk celebraba su matrimonio con la diosa Ishtar, donde la tierra y el cielo se unen. Y del mismo modo que los dioses se unieron, así fue también dispuesta esta unión en la tierra. Este es el ritual de la Hierogamia o del matrimonio sagrado.

—De este modo, el rey personifica este matrimonio sagrado —continúa Agnes disputando la palabra a su compañera—, jugando el papel de casarse con la más alta sacerdotisa del Esagila (hieródula o prostituta sagrada, que representaría a la diosa), donde permanecerían sentados en el trono ante la población y recitarían poemas específicos para la ocasión. Este amor traerá consigo la vida durante la primavera.

—¡Oh, es precioso, es un ritual mágico! —contribuye a exaltarla la profesora Ingrid.

—Así, lo es. Es un ritual donde lo sagrado y lo natural se funden en perfecta comunión. Y el

pueblo se identifica con los dioses —concluye Agnes.

CAPÍTULO 33

Bagdad, 9 de enero

En la antigua mitología asiria de la Creación se consideraba como un pacto entre el cielo y la tierra, siempre y cuando los seres humanos sirvieran a los dioses hasta su muerte. Ya que la felicidad de los dioses no era completa, si los humanos no fueran felices también. El destino de los seres humanos sería recibir la felicidad de los dioses con la condición de ellos servir a los dioses también. Así, Marduk y los dioses renovarían su pacto con Babilonia y luego volverían a su casa superior al Cielo.

En el tercer milenio antes de Cristo los países más civilizados conocían la cohabitación en los templos. La función que cumplía era la de una acción sacrificial, mediante la cual la presencia de los dioses era invocada y revitalizada. El culto de la Gran Madre y los misterios de la vegetación dedicados a ella eran el momento preferido para la celebración de orgías con coitos rituales. En virtud de un acto mágico la divinidad debía hacerse presente y transmitir su fuerza, sobre todo, a través de las mujeres.

Ingrid se hallaba hablando a sus alumnas en la biblioteca de la Universidad de Bagdad:

—En aquel tiempo existía la costumbre generalizada del desvirgamiento prematrimonial en el templo. Ninguna muchacha podía casarse sin haber pasado antes por el rito de la desfloración. Como representante del dios actuaba entonces un hombre cualquiera, que permanecía totalmente en el anonimato. Esta circunstancia era conocida tanto en la India como en altas tribus negras, y en el Oriente Próximo. En la zona del templo de Ishtar en Babilonia, las muchachas esperaban en filas a lo largo de las calles rectilíneas, hasta que uno de los hombres les arrojaba unas monedas con las palabras “por el honor de la diosa” que obligaban a la escogida a seguirle y entregársele. Herodoto, bastante fidedigno, subraya: “Ella tiene que marcharse con el primero que le echa algo al regazo y no puede rechazar a nadie. Cuando se ha acostado así con el hombre y cumplido con su deber hacia la diosa, vuelve a casa y ni por una gran suma se prestaría a ello de nuevo”. Esto nos dice algo de que el valor superior, en ese momento, no era el dinero, sino que era lo sagrado.

—Era lo sagrado —asiente Agnes—, es la diferencia con la prostitución de ahora.

—En Babilonia la prostituta era tan bien vista como puede ser una diosa vestal para un romano —argumenta Ingrid—. La prostitución sagrada en el templo de Babilonia, en Sumeria, es mucho más antigua, y también en Siria, en Canaán, también por supuesto llegaría a Grecia y Roma, sobre todo, en el culto a través de Dionisos y el dios Pan, el macho cabrío y el Minotauro, que es un dios cretense, y que representaban la fecundidad. Quiero que descubramos estos enlaces de la historia que nos permitan descubrir un nexo de unión y de evolución con nuestra historia. Esto es lo que me interesa que investiguemos, queridas alumnas, no perdáis el hilo porque la historia se puede complicar mucho más. Y lo importante aquí es ver cómo están conectadas unas religiones con otras hasta llegar hasta nosotros, a lo que es la civilización moderna occidental.

En ese momento, Ingrid levanta la cabeza y mira con sus ojos claros hacia la ventana que arroja una luz tenue en la estancia:

—Las prostitutas sagradas, sí, eran prostitutas, eran hieródulas, miles de hieródulas, pero lo hacían para sobrevivir en el mundo antiguo. Es lo que quiero que tengáis en cuenta. Era una manera que tenía la mujer de sobrevivir en aquel medio, y además se consideraba sagrado hacerlo de esa forma, porque se protegía la vida y la fertilidad. Era una forma de pensar primitiva, pero era una forma ya civilizada de pensar del ser humano. Estas prostitutas estaban protegidas por un ritual sagrado en el templo, tenían una veneración, no podían estar más que con un hombre, esto hace que el dinero no fuese el valor supremo sino el misterio, la comunicación con lo sagrado, con lo interior y profundo que hay en el misterio de la sexualidad y su energía especial. Esta cultura es espectacular, en verdad, es digna de admiración. Quiero que lo sepáis.

—Sí, las prostitutas sagradas de Babilonia eran mujeres muy especiales, pero ¿qué pasa con la libertad de estas mujeres? —pregunta repentinamente Siegrid.

—Estaban relacionadas con la Diosa madre, la Gran Madre, Inanna, Ishtar, Astarté, y era todo un momento de reinado de las diosas madres, un verdadero matriarcado original. Y en ese momento, no existía conciencia de la libertad de la mujer, tal como la tenemos ahora, que es más bien una liberación del sometimiento a los hombres. En aquel momento ellas no se sentían sometidas sino a las diosas del amor y grandes diosas madres. Aquello respondía a una forma de su destino y de su naturaleza. La libertad es un problema que surgirá después. Cuando nuestro destino es la liberación como mujeres, como sujetos libres e independientes. Pero en aquel momento, como digo, era una forma de sobrevivir, de acuerdo con la naturaleza sagrada de ese momento.

—Sí, pero... —pregunta Agnes—, ¿por qué sucedió lo que sucedió?, ¿por qué se tergiversó todo? Tenemos que llegar entonces a los ritos neopitagóricos y al ascetismo helenístico y cristiano. Tenemos que pasar por Orestes y Apolo y la diosa Atenea para ver como se invirtieron todos estos valores y se le dio la vuelta a toda la civilización antigua. Y se creó el ascetismo y el cristianismo que reprimió todos los instintos naturales.

CAPÍTULO 34

Museo Nacional de Bagdad, 9 de enero

Hilmar tenía los ojos muy azules, de un azul oscurecido. Su pelo, gris oscuro y lacio, le caía por su frente y se lo recogía en un mechón hacia atrás. Era, ante todo, un erudito de la lengua y de la lingüística.

Con su parloteo él iba hilvanando una historia con otra, mientras Agnes y Siegrid reposaban en un banco de madera en la sala capitular de la Biblioteca. Todos tomaron asiento en una gran mesa, tras observar el fondo de la biblioteca con las inmensas colecciones arqueológicas integradas por estatuillas finas.

—Hay estatuillas del paleolítico —les informa Hilmar—, son en su mayor parte representaciones femeninas, madres primordiales, ídolos de fertilidad. Pero también tenemos del Neolítico, que es también cuando paulatinamente comienzan a encontrarse imágenes fálicas y símbolos masculinos de fertilidad, pero hay también, más o menos desde el quinto o el cuarto milenio, una gran cantidad de estatuillas femeninas. Las más antiguas proceden de Asia Occidental, especialmente de los alrededores de los templos. La cabeza apenas está insinuada y, por el contrario, los distintivos sexuales, pechos, vientre y vulva, están de nuevo fuertemente acentuados. Además la mayoría aparecen representadas en los prolegómenos del alumbramiento, esto es, en cuclillas: como se da a luz en el Oriente Próximo, y todavía en la actualidad.

—Es muy interesante la colección que existe en el Museo, sin duda —asiente condescendiente Ingrid.

—Sí, daros cuenta que en aquel tiempo —sigue argumentando Hilmar—, las figuras de este tipo eran producidas en serie y vendidas a los visitantes de los templos, como podía serlo ahora. Pero en aquella época, incluso también en el sudeste europeo, surgen figuras femeninas de culto que debían de pertenecer a diversos ajuares. Las hay, en fin, en toda Europa, en España, en Francia, en Irlanda y también en el Nordeste.

—De esta manera, con el tiempo —condesciende Ingrid—, se va formando la idea de una madre divina, sobre todo, en las regiones de colonización agraria. Su religión se relaciona estrechamente con la revolución económica que supusieron los primeros cultivos, una forma agraria de economía y de existencia que se origina en Asia muchos milenios antes de Cristo y que proporciona de nuevo a la mujer una creciente consideración.

—Sí, así es. La mujer aparece enaltecida, con rasgos sagrados, debido a su importancia en los medios de producción.

—En efecto, como centro del clan y dispensadora del alimento, el hogar fue también el primer altar, como administradora de las provisiones, productora de recipientes y vestidos, en suma, como creadora de los fundamentos de la cultura humana. Ella tiene un importante papel creativo también en un derecho materno. Fijarse que esto es muy importante para entender el matriarcado y su evolución, pero es un derecho no escrito. Es muy importante, Hilmar, que nos ayudes con los aspectos lingüísticos de la lengua.

—Pero, sin embargo —constata Hilmar—, no hay que dudar y se puede demostrar que el peso que tienen estas figuras muestra que las mujeres gozan de un prestigio extraordinario, caracterizado, precisamente por las diosas madres.

—Sería estupendo podamos ponernos de acuerdo en torno a las premisas históricas más importantes.

—Ishtar tenía muchos amantes —dice Agnes— mientras ojea un libro de Guirand. Fíjate lo que escribe este autor: “¡Ay de aquel a quien había honrado Ishtar, la diosa caprichosa trataba cruelmente a sus amantes de paso, y los infelices desgraciados suelen pagar un alto precio por los favores amontonados en ellos. Los animales, esclavizados por el amor, perdían su vigor nativo: cayeron en las trampas colocadas por los hombres o fueron domesticados por ellos. '¡Tú has amado el león, poderoso en fortaleza', dice el héroe Gilgames a Ishtar, 'y has cavado pozos para él, siete y siete! Has amado el corcel, orgulloso en la batalla, y le has destinado el cabestro, el agujón y el látigo’”.

Ellas se sonríen y sus cuerpos instantáneamente se rizan bajo la mirada de Hilmar. Pero sus cuerpos tienen vida propia e independiente. Agnes y Siegrid se agitan con la juventud y se balancean con su actual ardor y entusiasmo. Ellas se reclinan en el asiento y se entregan a su éxtasis, que es el de la diosa madre Ishtar, diosa estelar. Ante sus rostros, el rostro de Ingrid se abre también con impertinencia, abre su gesto y se sonroja frente a sus alumnas.

La vida empieza ahora de verdad para ellos. Ahora empieza a gastarse el tesoro de la vida. Ingrid al levantar su vista se tropieza con la mirada azul de este amargo y fuerte hombre, que parece sospechar su éxtasis. Su cuerpo se abre y se cierra a voluntad. Mañana se despedirán, ese ha sido su último encuentro en Bagdad.

Cuando salen al exterior, pese a ser invierno, ella puede contemplar un campo blanco de margaritas. Es como un último día de vacaciones para ella. Luego hubo un viento que se levantó. Entraron en el coche de Hilmar y se dirigieron hasta la residencia de la Universidad.

CAPÍTULO 35

“Estimado amigo Ottfried:

Confiar en alguien que está lejos puede ser una gran prueba y viene a ser como hacer confidencias que estaban bloqueadas, pero que sin desatarse de su emisario no corren el peligro del todo a que se desbloqueen. Me he visto atrapada por mi trabajo todo este tiempo. Esta profesión, sabes que la necesitas y que trabajas para poder vivir, pero finalmente se ha convertido en un vivir para trabajar. Tienes razón en lo que me dices. Pero me siento feliz así, enamorada de mi profesión.

Pero ten por seguro que ha sido una labor productiva y que nuestros hallazgos tendrá su relevancia importante y repercutirá en todos nosotros. Pero, por fin, se ha roto ese pozo de angustia y de voz quebrada que me devoraba. Hoy ha sido un día muy agotador, con la culminación de visitas y el descubrimiento de los lugares sagrados.

Pronto mis alumnas y yo estaremos a Berlín, quiero que seas tú el primero en saberlo, para no es necesario que nos esperes. Llegaremos muy cansadas y nos estará esperando un taxi.

Afectuosamente”.

Ingrid.

CAPÍTULO 36

Este gesto por liberarnos de unas normas impuestas que nos oprimen a veces nos puede llevarnos a enfermar dentro de ese orden formal.

Ingrid piensa ahora y cree que Ottfried ha sido generoso siempre con ella. Ella es la que ha estado siempre adusta con él, como si no confiase en la bondad ajena. Y pasada la fugacidad de la calidez de los primeros momentos todo se había ido volviendo rutina. Él parecía una persona con una mente retraída, enfermiza en su espíritu, le había confesado que no había sabido encajar en ninguna otra rama de la ciencia, y que había terminado en la ciencia de las religiones casi por casualidad. No tenía una vocación definida, y eso a Ingrid le había producido desconfianza. Por otra parte, tenía muchas cualidades, era una persona que tenía pasión por el arte, la religión y por la arqueología. Sus ojos oscuros se incendiaban cuando le infundía emoción algún detalle antiguo. Tenía una mirada especial, angelical, levaba el pelo medio largo, a la altura de los hombros, suave y sedoso. Muchas veces se sentía débil, cuando tenía que pronunciar una charla o demostrar un argumento. Pero esas imperfecciones parecían pequeños resentimientos o miedos contra la vida. Tal vez uno hubiera luchado contra ellas, de haberlas imaginado.

Pero todo se mostraba drástico e irreversible, y ella parecía una máquina de reflexión cuando tenía que acometer su trabajo.

Pero ahora nadie la veía, y ahora ha dejado de cambiar a los ojos de otros. Ahora la soledad le ha quitado la presión de los ojos, la invitación del cuerpo y toda necesidad de mentiras y frases.

Ella le había dado paso a Ottfried para que se trataran de un modo amistoso pero se resistía a mantener confidencias. No obstante, se llenaba de culpabilidad al comprobar los esfuerzos de ella al crear barreras, lo que sospechaba le entristecía a él.

Pero parecía que ella se encontraba ahora en un momento de grandes confidencias. Necesitaba alguien que supiera hablar de filosofía, que supiera hablar de religiones, alguien con un espíritu superior, toda su vida había soñado con ello. No pensaba en la posibilidad de continuar con su trabajo siquiera, ni con su investigación. De pronto se asustó con sus pensamientos. Todos los recuerdos que Ottfried le traía ahora eran los recuerdos de los deseos de una infancia y una juventud perdidas, los recuerdos de un paraíso perdido. Y por otra parte estaba su deseo de engrandecer a la mujer, de encontrarse, por fin, directamente con su diosa Ishtar.

Pero lleva un rato pensando en que si se sincera con su amigo, puede perderle. Y aunque le parezca extraño nada le dolería más ahora que saberlo perdido. Ella nunca le ha tenido a él, ni siquiera se han besado. Es cierto. Entonces, ¿por qué le dolería? Se sorprende ella ante sus pensamientos. Ahora ella parece taciturna, reflexiva y con un toque de tristeza que le produce una mirada errante.

CAPÍTULO 37

“Puede que queriendo desnudar nuestro cuerpo y nuestro espíritu de lo que les oprime”, piensa Ingrid antes de reunirse para la partida, “nos destruyamos también a nosotras mismas. Que en lugar de darnos una segunda oportunidad de nacer, nos aniquilemos. Puede que al romper nuestra prisión formal, nuestros grilletes, descubramos que lo que queda de nuestra carne es sólo eso. También nuestra naturaleza sexuada, esa dimensión de nuestra encarnación se mostraría irreductible”.

Ingrid piensa en lo que ella ha sido como mujer, y se enfrenta con la cultura sumeria. Ishtar se mostrará a través de la “danza de los siete velos” y desnudará su cuerpo de ese modo. Ishtar se muestra desnuda enseñando sus senos. Siempre se la representa de pie, completamente desnuda, con las manos encima del vientre, o sosteniéndose los senos, o blandiendo un arco sobre un carro tirado por siete leones.

—Este viaje ha sido muy interesante para establecer un lazo comunicante de unión a través del tiempo con la diosa Deméter, y para establecer la presencia de un reino gineocrático y la posibilidad de un matriarcado, como un reino anterior al del gobierno de los hombres. Para ello hemos buscado hasta reunir todos los puntos de unión entre las culturas primitivas y las que pasan por Egipto y Oriente Medio hasta llegar a Grecia y a Roma. Esta ha sido nuestra labor aquí. Así que espero, queridas alumnas, que podamos partir ahora con un recuerdo agradable.

Ya hay tenderos y mercaderes que desde primera hora de la mañana están enfilando y poniendo sus puestos en la misma salida del aeropuerto. Tienen que abrirse paso entre la gente para entrar. Los olores acres o dulces, fermentados o aromáticos, se avivan al remover los géneros: ahumados peces del Tigris, vísceras y carnes, pequeños higos de Nínive, los más jugosos de la higuera, dátiles, pistachos, caracoles, miel de abejas salvajes cogida en los oasis, sésamo, ajos y tantos otros artículos no comestibles: pelo cabrío, lino, finas telas, cueros, herramientas, leña, carbón, aperos, sandalias y sombreros de palma.

Más adentro en la ciudad se veían abiertas tiendecillas con mercancías más selectas: desde las sedas y transparentes linos para plisar hasta la orfebrería, pasando por los amuletos y los perfumes, la plata y el lapislázuli del Sinaí, el ámbar importado y los cosméticos, las pelucas para hombre o mujer y los cinturones de última moda.

Se despiden las alumnas, Agnes y Siegrid, de Wilhelm y de Hilmar, a la entrada del aeropuerto.

Ingrid lo hace después y abraza a Hilmar, en el último lugar, al cruzar la puerta de embarque para el vuelo. No sin antes recibir como agasajo copias de relieves en miniaturas o imanes de leones, dragones y toros de la puerta de Ishtar en imitación al lapislázuli.

CAPÍTULO 38

“Cuando te marchaste entre nosotros ya no hubo más diálogo, sólo infinidad de certidumbres suspendidas en el aire, algunas sospechas que nos negábamos a mencionar y acaso una ligera esperanza de que, pasara lo que pasara en aquella expedición a Bagdad, algo iba a cambiar la orientación de nuestras vidas. Entonces ambos teníamos todavía las ilusiones intactas, Ingrid. Pero tú insististe en que la vitalidad exige cambios, precisamos siempre buscar una felicidad que nunca se consigue.

No, ambos no teníamos las ilusiones rotas ni estranguladas.

El gran problema era vivir, como tú me decías, proyectar vitalidad sobre los acontecimientos, seguir adelante. Sencillamente aunque tengamos la misma apariencia de profesores atolondrados, si latimos, sentimos y deseamos algo que se nos niega, podemos acabar tan muertos o inútiles como esa flor que agoniza en la ventana de este despacho donde te escribo.

Todos te admirábamos y te habíamos deseado lo mejor, Ingrid, y que triunfaras de aquí en adelante. Únicamente me miraste, me sonreíste y dejaste escapar un soplo breve, como si pretendieras restar importancia a lo que iba a acontecer en adelante. Me diste la mano, casi no pude besarte, delante de todos los profesores no era debido.

Pero ahora te confieso que soñé con ese momento. Y pronto estarás aquí de nuevo. Ojalá nuestra comunicación vuelva a ser la de siempre, incluso más fluida que antes.

Afectuosamente”.

Ottfried.

CAPÍTULO 39

Ingrid trataba de ordenar sus pensamientos y reflexiones teóricas para presentarlos en la Universidad de Berlín y aprovechaba el viaje para releer algunas notas de su último trabajo.

“Tal promiscuidad sexual señalada por Bachofen en una primera etapa excluye cualquier certeza de la paternidad, y se podría por lo tanto remontar a ella el parentesco solamente en la línea femenina, según “El matriarcado”, y que era originalmente el caso de éste entre todos los pueblos de la antigüedad. A partir de las mujeres, en tanto que madres, ellas eran los únicos padres de la generación más joven que eran sabidos con certeza. Ella llevó a cabo una posición de tal alto respeto y honor que dio lugar a la fundación, en el concepto de Bachofen, de una regla regular de las mujeres (la ginococracia).

La transición a la monogamia es lo que parece más dificultoso. También Friedrich Engel concluyó algo al respecto en 1891. La transición a la monogamia, por la que la mujer pertenece a un solo hombre, implicó una violación de una ley religiosa primitiva (es decir, realmente una violación del derecho tradicional de los demás hombres a esa mujer), y para expiar esta violación o comprar la indulgencia por ello, la mujer tuvo que entregarse ella misma por un período limitado. Es decir, se trataría de la etapa Dionisiaca. Sí, la dionisiaca, como la llama Bachofen. Una fase transitoria en la que las tradiciones habrían sido masculinizadas, en la medida en que el patriarcado empezaba a emerger. La deidad predominante era el Dionisos original. Finalmente concluiría con la etapa Apolínea.

Pero las primeras etapas del Matriarcado son las que hay que pergeñar bien. Tanto la etapa del Hetairismo, una fase «telúrica», nómada y salvaje, caracterizada según él por el comunismo y el poliamor; la deidad predominante habría sido, una proto-Afrodita terrena. Y la etapa concluyente del Matriarcado, “Das Mutterrecht”, dice Bachofen, sería una fase «lunar» matriarcal basada en la agricultura, caracterizada por la aparición de los cultos místicos ctónicos y de la ley. La deidad predominante habría sido una temprana Deméter, según Bachofen, y una cautivadora madre Erynys Deméter”.

CAPÍTULO 40

Berlín, Universidad de Berlín

Ottfried es un joven profesor, aunque no es ya un muchacho joven sino maduro en su aspecto. Su pelo es muy rubio pero sus ojos son de un marrón oscuro, como dos taladros, que a quienes miran lo perforan por su gran sinceridad. Sin saberlo, él comunica más con sus ojos que con su expresión corporal.

Tras haber terminado su clase matinal Ottfried había emprendido un paseo por el recinto del campus universitario. Una sombra se proyectaba en el sendero como una figura en flexión, islas de luces flotaban sobre el césped. Oye el sonido de canto de un gorjeo de pájaro, el sol se ha alzado. Ve una tajada de pálido amarillo de luz que crece y se aleja al encuentro de la raya de púrpura en el horizonte. Ve un aro que pende sobre un árbol. El aro vibra y pende de un lazo de luz. Un caracol de cáscara gris cruza arrastrándose por el sendero y deja las briznas aplastadas detrás. “Las piedras son frías bajo mis pies”, piensa él. “Las siento una a una, redondas o puntiagudas”.

Ottfried lamenta ahora dejar que se hubiera ido Ingrid sin haberle expresado su afecto. Sólo habían cenado juntos en un par de ocasiones. Habían compartido conocimientos teóricos, pero él todavía se hallaba haciendo su tesis doctoral, era un profesor colaborador solamente, no tenía las recomendaciones pertinentes, debía pasar todavía por un tribunal.

Pero ahora Ottfried necesita pensar en quien ha sido su compañera de doctorado estos últimos años, con quien ha compartido también algunos trabajos de investigación acerca de Mesopotamia y las antiguas religiones. Tal vez debió mostrarse más radical en sus pensamientos, haber concedido que el matriarcado había existido, fuera de dudas, con todas las pruebas que habían ido recopilando. Pero ella era una mujer que le dejaba un poco apocado. El era una persona tímida que había llegado hasta ese departamento gracias a la influencia que tuvo sobre él una de las profesoras que habían sido principales, y que ahora Ingrid sustituía siendo su continuadora.

CAPÍTULO 41

“Se había ido casi sin despedirse”, piensa Otfried mientras espera el encuentro previsible. “Pero ahora la tendré de nuevo aquí”.

Había una temblorosa figura de Ingrid y, a la vez, había una mujer de una gran firmeza. En ella había un misterio en su voz y en su mirada, como si también hubiera dejado atrás muchas experiencias y muchas minucias humanas. Conservaba así el fuego de la juventud y no desmejoraba frente al destello de sus vivaces alumnas. Al llegar a la universidad de Berlín tomó aire e hizo un perplejo retroceso para contemplarla con gesto sereno y con un movimiento al aire libre. Así era ella. En ella había algo que retrocedía hacia dentro, el círculo de la vida, y algo que la empujaba a salir, como una multitud pujando por salir que empujaba desde dentro.

La horrenda ceremonia de los discursos inopinados o forzados había dejado de ser una amenaza para ella.

Se encontraron Ingrid y Otfried en la intimidad de su despacho y se saludaron con un beso en las mejillas.

—La racionalidad tal vez no sea el componente más importante del ser humano —explica Ingrid para dar algún parecer de su viaje—, sino la irracionalidad, lo inconsciente que hay en nosotros. Cada vez que estudio más profundamente las civilizaciones antiguas y sus orígenes me doy cuenta de que nos parecemos a ellas cada vez más en su primordialidad.

Otfried la mira con sorpresa como si la viera distinta y cambiada.

—No, no me mires así —argumenta Ingrid a la cara de extrañeza que le está poniendo Otfried—. Es como una gota que cae en el fregadero, todas esas pequeñas gotas que nadie calibra, terminan horadando el aluminio y haciendo un agujero, que puede acabar con el tinglado más sólido de nuestra vida cotidiana. Las minucias que van minando la mejor cimentada vida que nos podamos imaginar.

—¿A qué te refieres en concreto?

—Me refiero a los arrebatos repentinos, las pequeñas diferencias de criterio, los malos humores gratuitos, las indiferencias, las manías crónicas, las obsesiones insistentes, las muecas repetidas hasta la saciedad. Si no te convence su voz, su manera de andar, de comer, de reír, si bostezo de un modo ruidoso, sí, estas cosas a la larga tienen más importancia de la que creemos.

—¿Y qué es lo que tratas de decirme? ¿Has vislumbrado algo nuevo?

—Exactamente, por eso, no. No he vislumbrado nada nuevo en aquellas culturas, es como si estuviéramos compuestos de millones de átomos, pero esas pequeñas minucias son las cosas importantes. El saberte aquí, el volver a esta inmediatez después de tus palabras. Agradezco que me hayas acompañado con tus correos, me hayas ayudado.

—En verdad, Ingrid, a nosotros se nos escapan todas estas cosas —dice objetando Otfried—, las convertimos en azar, en producto de la casualidad, pero creo que hay una conciencia cósmica. De hecho la ciencia lo que hace es predecir con un componente muy limitado. Hay muchos pequeños detalles que se le escapan. Por eso las pequeñas minucias terminan siendo graves ondas

que repercuten a miles de kilómetros más allá.

Ingrid le mira con una luz intrigante en sus ojos. Aquella luz es como el rayo de una mirada. Un rayo que te toca. Su mirada se pierde y se torna hacia un sitio, mirando hacia el resplandor de una gran luz que entra por el ventanal del despacho. La mirada se quiebra en cien mil luces. Los ojos azules y extrañamente expresivos de Ingrid mantienen la mirada fija en alguna cosa, y con pagana indiferencia las cosas cambian bajo su mirada.

—Sí, vistos en perspectiva —dice Ingrid—, no parece que sean los grandes acontecimientos los que han contribuido a los cambios o a la transformación de muchos esquemas. Muchas veces son las circunstancias pequeñas, esos procesos rezagados que tanto se relacionan con los comportamientos ajenos, las miradas furtivas, las displicencias inesperadas, las que nos hacen saltar y cambiarlo todo. Probablemente la humanidad entera está enferma de estos procesos.

—Sí, son las pequeñas dictaduras, las pequeñas opresiones, las que nos obligan a asumir una gran dosis de claudicación —dice Ottfried respondiendo a Ingrid—. Las que nos obligan a canjear ideales por ideas. La vida casi todo se construye y se destruye a fuerza de cegueras. Lo esencial son las apariencias.

CAPÍTULO 42

Sumeria es la cultura que vamos a estudiar, es quizás la religión más antigua de la historia, incluso antes de los acadios y sus asentamientos en Mesopotamia, los sumerios serían el primer pueblo asentado, que ya albergaba una religión y unos ritos.

La difusión de los avances de la cultura de Uruk por el resto de Mesopotamia dio lugar al nacimiento de la cultura Sumeria.

Estas ciudades pronto se caracterizaron por la aparición de murallas, lo que parece indicar que las guerras entre ellas fueron frecuentes. También destaca la expansión de la escritura que saltó desde su papel administrativo y técnico hasta las primeras inscripciones con dedicatorias en las estatuas consagradas de los templos.

Primero fue el dominio Acadio, pero luego vino un posterior renacimiento Sumerio. El dominio acadio fue con Sargón, un usurpador que se hizo con el poder de la ciudad de Kish y fundó una nueva capital, Agadé, y conquistó el resto de ciudades sumerias.

Sí y luego vendría Babilonia. Fue bajo el gobierno del rey Nabucodonosor II (605–562 a. C.) cuando Babilonia llegó a ser una de las ciudades más espléndidas del mundo antiguo. Nabucodonosor ordenó la completa reconstrucción de las tierras imperiales, incluyendo la reconstrucción de los Jardines colgantes de Babilonia (una de las siete maravillas del mundo), de los cuales se dice haber sido construidos para su nostálgica esposa Amytis.

Y Babilonia, bajo el dominio de los persas Ciro y Darío I El Grande, fue así ocupada a partir de 539 a. C.

Babilonia es una leyenda que aún resuena en nuestro tiempo, a pesar de que en el año 539 a. C. ya había perdido su imperio, y que hace siglos que fue abandonada. Largamente mencionada en el Libro de Isaías y en el Apocalipsis, Babilonia fue identificada como fuente de lascivia y soberbia, llegando a ser descrita como «La Gran Ramera». No obstante, Babilonia brilló mucho tiempo por su alto nivel cultural, que se mantuvo vivo mientras fue parte de Asiria. El mito de su belleza y de su poder, labrado desde Hammurabi, llegó a oídos de Alejandro Magno, donde residió durante un tiempo y donde murió.

Se convirtió así en una Ciudad-Estado independiente, regida por la dinastía amorrea, cuyo sexto Rey, Hammurabi (que reinó desde 1792 a. C. hasta 1750 a. C. según la cronología media), engrandecería colosalmente y extendería sus dominios, transformándola en la capital del Imperio Amorreo, que dominó toda la Mesopotamia.

Ingrid está pronunciando una clase académica en la Universidad de ese modo brillante.

Pero el Imperio no duró mucho. Tras la muerte de Hammurabi, comenzaron las revueltas. Y después llegaría el gobierno asirio.

Y luego el gobierno persa.

CAPÍTULO 43

Sí, ese era su mundo iluminado por lunas crecientes y estrellas de luz. Ella está alta como cúpulas de vastas catedrales. Allí segura es como un gigante capaz de hacer retemblar el cielo y el bosque. Esto es solamente aquí, es solamente ahora cuando la brisa sopla y queda con todo su cuerpo moteado. Las manos de Ingrid son como una piel nacarada de paloma y serpiente, sus rodillas son como islas flotantes rosadas, todo en ella es un gesto que se enmascara en alguna diosa de la antigüedad. Sus ojos son de un extraño gris celeste muy claro, y su pelo es de un rubio muy clareado que lleva recogido en un moño.

El sol proyecta más anchas franjas sobre el ventanal de la biblioteca. La luz toca algo verde en el ángulo de la ventana y lo convierte en un bulto de esmeralda, en una caverna de puro verde, como un fruto sin semilla. La luz afila los perfiles de su rostro y borda los blancos rasgos de su cara con finos hilos de oro. A medida que la luz aumenta aquí y allá golpea con sus frágiles aldabas el interior del recinto de la sala capitular bibliotecaria.

Es una sala restringida a los profesores. Ingrid puso la verde cortina más cerrada con su mano y todo devino suavemente amorfo, como si su rostro fuese de una porcelana fluida, temblorosa y veteada de un color ocre.

Ottfried al llegar se quedó fascinado ante el juego de la luz en su rostro.

Ingrid lleva un vestido de lana negra muy ajustado, con una gran capa desde la cintura hacia los tobillos, y lleva unas botas negras que la hacen esbelta, es una mujer de unos cuarenta años de edad. Es profesora asociada a su Universidad y necesita concluir su nuevo trabajo de investigación con todos los nuevos elementos que ha incorporado durante su viaje.

Ottfried le inquiriere para poder servirle de ayuda en ese momento y han quedado citados en verse en la biblioteca.

—En la primera época de la cultura agraria aparecen por todas partes las divinidades femeninas, en las que se adora el secreto de la fertilidad, el ciclo eterno de la sucesión y la extinción —argumenta Ottfried para darle un punto de partida a sus razonamientos.

—Sí, así es —comenta Ingrid—. En toda la región mediterránea, en todo el Oriente Próximo, e incluso en la religión india anterior a los arios, se celebran fiestas de diosas de la fertilidad y de la maternidad, todas eclipsadas por la Gran Madre, creadora de toda vida que, aunque ya antes fuera imaginada como una joven, podrá ser festejada en Canaán, casi al mismo tiempo, como “doncella” y “abuela de todos los pueblos”.

—La adoran en Nínive, Babilonia, Assur y Menfis. Y de todas esas ciudades vienen para descubrirlas. Babilonia es lo que ahora es Bagdad. Nínive está también muy cerca.

—La Gran Madre —dice Ingrid—, sin embargo, no está ligada sólo con la tierra, con lo telúrico. Tenlo en cuenta porque su destello se extiende, ya entre los sumerios, “por la ladera del Cielo”, es “Señora del Cielo”, diosa de la estrella “Ishtar”.

Todas esas teorías y reflexiones están seguras entre ellos, y ahora Ottfried trata de hablar más

íntimamente con ella.

Ottfried se quedó mirando sus ojos resplandecientes.

—Ingrid, estás preciosa.

Ottfried inclinó la cabeza y acercó su mano a la de ella pero vio que Ingrid estaba haciendo un esfuerzo por hablarle.

—Ottfried, no sé lo que nos está pasando. Ninguno de los dos sabemos qué vamos a hacer de hoy en adelante.

Ingrid se sienta más cerca y toma una mano de Ottfried y la lleva a sus labios.

—Tengo miedo, Ottfried, mírame.

—Ingrid, me encanta cómo eres.

En ese momento Ottfried atrae con sus manos la barbilla de ella y pone sus labios en los labios de Ingrid suavemente, y ella siente una humedad en su lengua, pero se inclina hacia abajo, y él pone los labios en su cuello. Ella mira sus ojos grandes fijos, se contemplan y se sonríen al fulgor de la nueva sensación. Ella cierra los ojos, mientras que él sigue concentrado en los delicados adornos del cuello de su vestido y con su dedo los va perfilando hasta que su índice resbala hasta su pecho y lo contornea muy suavemente, haciendo que Ingrid contenga el aliento. Pero él sólo le roza con la suavidad de un suspiro, mientras una lágrima sale del rostro de Ingrid. Él la mira una vez más y besa esa lágrima que sale de sus ojos. Ambos se miran y se sienten cogidos o transportados por una danza suave de gestos.

Ella vuelve a cerrar los ojos y abre la boca y exhala un gemido sensual. Él sigue dibujando con la yema de sus dedos sensaciones en su cuello y en su piel, ella coge sus manos y las reposa sobre las suyas. Siente que hay un estremecimiento de placer en esa intimidad que se ha creado entre ellos. Los pechos de ella comenzaron a erguirse y se dio cuenta que había despertado su deseo de un modo que desconocía para ella. Sin embargo, se contuvo y silenció la boca de él que quería abrirse para recibir nuevos besos. Ella le calmó y se retiró unos centímetros, y le dijo que había sentido un vahído, que necesitaba tomar un té o un café, y que se iba a recoger porque ya era tarde. Le rogó que no la acompañase.

La mirada de Ottfried era dura y la de Ingrid se quebró en cien mil luces. Los ojos de Ingrid eran como esas pálidas flores lilas a las que acuden a beber el polen las abejas al atardecer. Los ojos oscuros de Ottfried, sin embargo, siempre crecían y rebosaban pureza y sinceridad, y nunca se quebraban. Ambos poseían un misterio en los ojos que los atraía mutuamente. Sin embargo, Ingrid seguía empeñada en su búsqueda misteriosa y en su propósito de entender el mundo de la Gran Diosa.

&&&

ACERCA DE LA AUTORA

Esther Llull estudió la licenciatura de Derecho, hizo un postgrado en Filosofía y Moral, y estudió autodidácticamente Astrología y Astromundial. Estuvo blogueando durante muchos años por comunidades literarias y participó en un blog de Economía de Cinco Días, y siempre tuvo inquietudes filosóficas, literarias y del mundo político y social. Nació en 1.967 en Sevilla. Actualmente, vive entre Copenhague y Sevilla. Ha escrito varias novelas de interés divulgativo: Ordo amoris, Junto a la flor de la achicoria, El hombre con el niño en sus ojos, El profesor de ética.

Actualmente participa semanalmente en el Foro del diario *El País*.